

Ignacio Ramírez

“El Nigromante”



por
Ignacio Manuel Altamirano

I

Hacer la biografía de un hombre como Ignacio Ramírez, es empresa muy ardua. Si yo me atrevo a acometerla, no es porque me sienta con fuerzas bastantes para salir airoso de ella, sino por afecto y por deber.

Por afecto, pues desde mi juventud, desde que tuve la dicha de ser discípulo de este grande hombre, desde que pude admirar sus talentos extraordinarios y sus virtudes públicas y privadas, nació en mi espíritu, juntamente con una admiración sin límites, un afecto de veneración y de cariño filial hacia él, que no se desmintió un momento durante su vida, que no ha hecho más que acrecentarse después de su muerte; afecto fundado en la convicción del mérito del que lo inspiraba, y que ha decidido quizás de mis creencias políticas, de mis ideas filosóficas, y sin duda alguna, de mis aficiones literarias. Ignacio Ramírez influyó en mi existencia de una manera radical, y yo lo consideré siempre, no como un amigo, lo cual habría establecido entre nosotros una especie de igualdad, sino como un padre, como un maestro, ante quien me sentía penetrado de profundo respeto y de sincera sumisión.

El deber me obliga también a escribir este ensayo, pues creo, prescindiendo ya de afectos personales, que es un deber para todo mexicano patriota, y especialmente para los que profesamos el culto de la Libertad, y para los que cultivamos las letras, el de dar a conocer a la posteridad al varón insigne a cuyo genio y a cuyos trabajos deben tanto la República, la Libertad y la Reforma, y al profundo pensador a quien las ciencias y las bellas letras mexicanas deben también una de sus gloriáis más brillantes y más puras.

Este deber ha sido cumplido ya por aventajados escritores. El justo elogio de Ignacio Ramírez ha resonado en la tribuna y en la cátedra, y la

Ignacio Manuel Altamirano

imprenta lo ha eternizado en los anales históricos y en las biografías, fuera de que los numerosos discípulos del ilustre maestro, y el pueblo agradecido, lo encomiendan a las alas de la tradición, para que el agradecimiento nacional lo trasmite hasta las más remotas generaciones.

Pero este elogio y estos bosquejos biográficos han sido, por su naturaleza, compendiosos y breves. Era necesario conocer la vida del hombre de un modo más extenso y detallado; era preciso considerar sus trabajos políticos, científicos y literarios en toda su magnitud y variedad, y eso, tal vez, no podía hacerse, sino cuando se publicaran sus obras reunidas, como, hoy, en que, gracias a una noble y generosa disposición de la Secretaría de Fomento, salen a luz en dos volúmenes, no completas, pero sí escogidas y en su mayor parte.

Tamaña tarea me estaba, pues, reservada a mí, que afortunadamente conocía todos los detalles de la vida de Ramírez, tan fecunda en sucesos importantes, tan unida a los cataclismos políticos que han cambiado la faz de la nación mexicana, tan interesante para la historia y para la literatura patrias.

No me oculto, sin embargo, las enormes dificultades que encierra semejante estudio. Ramírez fue un precursor de la Reforma; fue un luchador constante, audaz y valeroso; *fue un enemigo implacable de toda tiranía; fue el sublime destructor del pasado y el obrero de la Revolución*, como decía Justo Sierra en la admirable poesía que pronunció en los funerales del eminente republicano. Teniendo que combatir contra poderosos y enconados enemigos desde su juventud, tanto en la prensa como en el terreno revolucionario; sufriendo numerosas persecuciones; muchas veces preso, otras al pie del cadalso; casi siempre proscrito, pero jamás desalentado ni vencido; patriota sin mancha, liberal desinteresado, gobernante probó y rectísimo, Ramírez en esta larga serie de luchas y de conflictos que se sucedieron en su existencia azarosa, sin interrupción, necesitó atacar instituciones inveteradas, sistemas reputados inviolables, teorías que eran credos religiosos; hirió infinitas vanidades, y aun tuvo que desafiar, como Ajax, hasta a

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

potestades que se creen divinas, y cuyo rencor se acrecienta en la derrota.

Eso en política; en el campo de la ciencia, y de las bellas letras, ejerciendo una crítica severa y saludable, defendiendo nuevas teorías, abriendo a la juventud los caminos de la ciencia moderna, antes cerrados por la preocupación o por la ignorancia; predicando siempre el progreso en todos sentidos, aniquilando con sus inmortales sarcasmos todo lo que era falso, todo lo que era innoble; Ramírez, a quien se ha llamado, con justicia, el Voltaire de México, también se concitó, como era natural, numerosos enemigos, muchos de los cuales aún viven, con sus heridas sangrando todavía, porque los dardos que lanzaba el reformador mexicano causaban heridas mortales, como las flechas del héroe antiguo.

Así es que no ha llegado para Ramírez la hora de la completa y serena justicia, y el biógrafo contemporáneo o se ve obligado a detenerse en ciertos límites, o corre el riesgo de lastimar algunas susceptibilidades. No hay remedio; un escrito como éste es todavía una obra de combate, y sobre la tumba del eminentе pensador aún pueden escucharse los rumores tumultuosos que levantan el odio y el despecho, mezclados a las aclamaciones y a los himnos del entusiasmo y de la admiración; ¡tal es la gloria!

Ignacio Manuel Altamirano



II

Para hacerme fácil este trabajo biográfico, me propongo abandonar el camino trillado, y seguir otro que me ofrece las ventajas de la sencillez familiar, para la narración, y del orden cronológico para los sucesos. De este modo los lectores, identificándose con el narrador, podrán conocer al hombre en el desarrollo de su pensamiento y de su acción, y en las interesantes peripecias de su existencia social y moral.

Yo conocí a Ignacio Ramírez en el Instituto Literario de Toluca, el año de 1850. En ese establecimiento estudiaba yo entonces segundo año de Latinidad, y él acababa de ser nombrado catedrático de primero y tercer años de Jurisprudencia.

Yo, muy joven, pues apenas tenía quince años, y acabando de llegar del Sur, comprendiendo con trabajo la lengua española, y casi incomunicado por mi timidez rústica y semi-salvaje, tenía poquísimo conocimiento acerca de los hombres y de los sucesos de México. Es verdad que tres años antes habían llegado hasta mis montañas los rumores siniestros de la guerra de invasión norteamericana, y había visto pasar por mi pueblo a los soldados que volvían fugitivos o dispersos de la campaña. Es verdad que los valientes voluntarios de Tixtla y de Chilpancingo, que habían combatido con honor, aunque con desgracia, en el Valle de México, y entre los cuales tenía yo no pocos parientes, habían regresado, contando con abatimiento los tristes sucesos de la guerra, y que en mi humilde casa había escuchado a mi padre, casi ciego, alguna conversación política tenida con sus amigos. Pero todo eso era vago y confuso entonces para mí, y las ocupaciones de la escuela y los entretenimientos de la niñez, pronto venían a borrar tales impresiones.

Ignacio Manuel Altamirano

Después, en 1849, ya restablecida la paz, una ley benéfica del Estado de México, al que pertenecía entonces la comarca en que nací, me sacó de ella, designado para venir a estudiar en el Instituto Literario de Toluca. Yo comprendí claramente que aquel cambio en mi vida era un gran bien para mí, y naturalmente, lleno de gratitud, me propuse indagar quién era el autor principal de aquella ley, merced a la cual se me abría el camino de la instrucción.. Aquella ley no sólo me había favorecido a mí, sino también a otros muchos jóvenes indígenas del Estado de México, pobrísimos como yo, y como yo condenados seguramente, si tal disposición no hubiera venido a salvarnos, a arrastrar una vida de ignorancia y de miseria.

Pero en los meses de la segunda mitad del año de 49, nada hice para averiguar lo que deseaba, y además mis condiscípulos, tan tímidos y tan ignorantes como yo, no habrían podido quizás sacarme de dudas. En enero de 1850 se abrieron las cátedras, como se decía entonces, y se presentó un nuevo catedrático, que llamó fuertemente la atención de todos y causó una sensación de curiosidad difícil de describir. Seguramente era conocido ya de los alumnos grandes; en cuanto a los chicos, no sabían quién era, y trataban de averiguarlo acercándose a los grupos que formaban aquellos, en torno de los prefectos o de los catedráticos que iban saliendo de sus cátedras respectivas. Estos prefectos y catedráticos eran gregorianos en su mayor parte, es decir, antiguos alumnos del famoso Colegio de San Gregorio de México, entonces todavía existente.

Debían conocer al nuevo profesor, porque hablaban de él con extraña animación, encomiando sus grandes talentos, su profunda sabiduría y su exaltado liberalismo, que le habían valido ya una fama envidiable.

Aquel personaje era, pues, Ignacio Ramírez.

El mismo Director del Instituto, Sánchez Solís, saliendo de la sala rectoral, vino, momentos después, a unirse a los catedráticos y alumnos, que lo recibieron, como siempre, con respetuoso silencio, aumentándose la curiosidad de todos cuando le oyeron decir que venía a esperar que Ramírez saliese de su cátedra para tener el honor de

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

saludarlo. Y es, que Ramírez había venido a dar su clase sin ser advertido y sin ser presentado a sus discípulos.

Así es que prefectos, catedráticos, alumnos grandes y pequeños, con el Director a la cabeza, esperaban al hombre ilustre, formando en los corredores una muchedumbre atenta y respetuosa, y los que no lo conocíamos estábamos impacientes por verlo.

Al fin, apareció rodeado de sus discípulos, entre los que veíamos a Joaquín Alcalde, a Gómez Eguiarte, a Luis Gómez Pérez, a Eloi Martínez, que después han sido notables abogados y hombres públicos, y que entonces estudiaban Jurisprudencia en el Instituto Literario de Toluca.

Ramírez en 1850 era un joven de treinta y dos años de edad, pero su cuerpo delgado y de talla más que mediana, se encorvaba ya como el de un anciano. Su semblante moreno, pálido y de facciones regulares, tenía la gravedad, melancólica que es como característica de la raza indígena; pero sus ojos, que parecían de topacio, deslumbraban por el brillo de las pupilas; la nariz aguileña y ligeramente deprimida en el extremo, denunciaba una gran energía, y los labios sombreados por un escaso bigote, se contraían en una leve sonrisa irónica.

Era una de esas fisonomías que vistas una vez no se olvidan nunca, y que dejan una impresión en que se mezclan a la par la sorpresa, el temor o la simpatía; fisonomías de profeta, de apóstol, de tribuno, con rasgos extraordinarios, y que decididamente no pertenecen al género vulgar.

Ramírez, contra lo que se usaba entonces, llevaba los cabellos cortos, de modo que con su semblante bronzeado, y envuelto como estaba el busto en una ancha capa de paño verde oscuro, parecía una estatua clásica, animada, allí, en medio de nosotros.

El Director Sánchez Solís se acercó a él lleno de atención; otro tanto hicieron los profesores y algunos alumnos. Hablóles él con afabilidad y dulzura un momento, después de lo cual se despidió, acompañado del mismo Director y de dos o tres más. Como era natural, la conversación de todos no tuvo otro objeto que hablar de Ramírez. Joaquín Alcalde y sus compañeros juristas elogiaban con asombro la introducción del

Ignacio Manuel Altamirano

curso escolar que había hecho su maestro, y que sentían no poder repetir en toda su belleza. Por último, habiendo preguntado los alumnos foráneos a uno de los prefectos quién era ese hombre singular, a la sazón que pasaba el Director, éste dijo al interpelado:

—Puede vd. manifestar a los alumnos quién es el Sr. Ramírez, y cuál es el beneficio que le deben.



**IGNACIO MANUEL
ALTAMIRANO
EN TOLUCA**

NICOLE GIRON

III

Supimos entonces lo que después tuve yo oportunidad de confirmar con datos seguros, esto es, que Ignacio Ramírez era nativo del pueblo de San Miguel el Grande, en el Estado de Guanajuato (hoy San Miguel de Allende), en donde vio la luz en 1818 (el 22 de junio).

Los padres de Ramírez fueron Lino Ramírez y Sinforosa Calzada, ambos queretanos y de raza mestiza, y no indígenas puros como han dicho algunos de sus biógrafos. Sin embargo, la verdad es que predominaba en ellos el tipo indio.

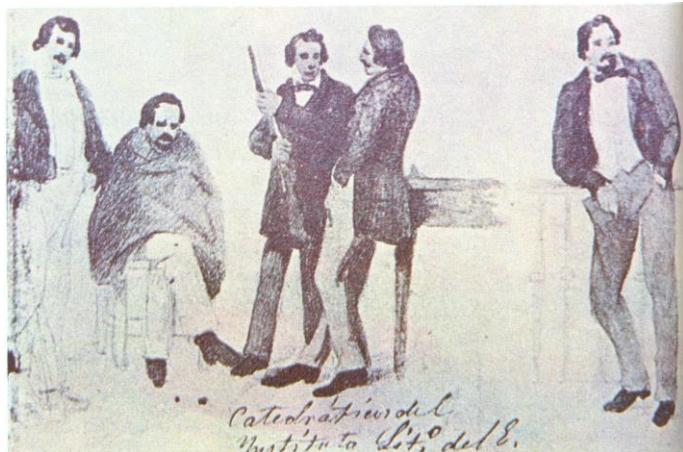
D. Lino Ramírez era un patriota muy ameritado y liberal firmísimo y valeroso, afiliado en el partido federalista desde que éste se formó para sostener la Constitución de 1824 y las ideas más avanzadas en la República. Merced al prestigio de que gozaba en Querétaro, fue nombrado vice-gobernador de ese Estado a la caída de Bustamante, y desempeñó el gobierno, secundando allí con empeño y eficacia los principios dominantes en la administración presidida por D. Valentín Gómez Farías, ejecutando las atrevidas leyes emanadas del Congreso de 1833, que pueden llamarse las primeras leyes de Reforma; luchando contra el clero poderosísimo todavía, y dominando enérgicamente las sublevaciones del partido centralista y fanático, como la acaudillada por Domínguez en San Juan del Río, hasta que Santa-Anna, ya unido a aquél, envió en 1834 al coronel Franco con fuerzas de México para arrebatarle el gobierno de Querétaro.

Ignacio Ramírez, pues, fue educado desde su infancia en las ideas patrióticas y liberales más puras, al lado de su padre, uno de los patriarcas de la Democracia y de la Reforma en nuestro país, y como dice un biógrafo, "desde muy niño se sintió arrastrado por las

Ignacio Manuel Altamirano

"tempestades políticas" pudiendo asegurarse que desde entonces se templó su espíritu para la lucha que debía sostener durante su vida entera, contra aquella facción de la que su padre había sido el enemigo constante y resuelto.

A consecuencia seguramente de aquel trastorno político, que obligó a emigrar de Querétaro a la familia del joven Ramírez, éste, que había comenzado sus estudios en la ciudad expresada, vino en 1835 a continuarlos a



Méjico en varios colegios, pero principalmente en el de San Gregorio, el más famoso a la sazón de todos, a causa de estar dirigido por el célebre pedagogo y liberal D. Juan Rodríguez Puebla, gran protector de la raza indígena y amigo y correligionario del antiguo gobernador de Querétaro.

Allí siguió Ramírez lo que se llamaba entonces *Curso de artes*, entrando después a estudiar Jurisprudencia hasta concluir su carrera de abogado, y distinguiéndose siempre entre sus compañeros por sus extraordinarios talentos.

Pero el joven escolar no se limitaba a adquirir estos conocimientos obligatorios. Su sed de saber era inmensa, y para satisfacerla se consagró, tanto en la excelente biblioteca anexa al Colegio de San Gregorio, como en la de la Catedral y en otras que había entonces, a una lectura constante, apasionada, mortal, por espacio de ocho años consecutivos, sin concederse la menor distracción, lo cual hizo que se contara entre sus colegas, que habiendo entrado en esas bibliotecas

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

erguido y esbelto, salió de ellas encorvado y enfermo; pero erudito y sabio, eminentemente sabio.

En efecto, había devorado allí obras de todo género; se había dedicado al estudio de todas las ciencias. Matemáticas, Física, Química, Astronomía, Geografía, Anatomía, Fisiología, Historia natural, Jurisprudencia, Economía política, Historia de México, Historia general, Filología, todo, hasta la Teología escolástica le era familiar. *“El que dude de esta aseveración, nos decía el prefecto del Instituto, no tiene más que discutir con él”*. El que dude todavía, digo yo, no tiene más que preguntar a los que recuerdan con asombro las luminosas y variadas discusiones en que tomó parte, en las Sociedades científicas, en los Liceos, en las Escuelas Nacionales, en la prensa, en las conversaciones privadas; y sobre todo, no tiene más que consultar sus obras, hoy reunidas, aunque no completas.

Además, Ramírez no se contentaba, durante su juventud, con asumir estos conocimientos teóricos, sino que, espíritu esencialmente práctico, frecuentaba los pocos gabinetes, observatorios y laboratorios que existían en aquel tiempo, a fin de completar con la experiencia las nociones adquiridas en los libros.

A causa de la extensión admirable de tales conocimientos, y quizás de las tendencias revolucionarias del joven estudiante, o de la aguda ironía que caracterizaba ya su estilo, sus compañeros, y aun sus profesores de San Gregorio, que habían comenzado por motejarlo como volteriano, acabaron por verlo sin envidia, por admirarlo y por llamarlo el Voltaire de México, nombre que después se generalizó.

Ciertamente, Ramírez, tan terrible como Voltaire en su empresa de destruir el pasado, debía ser más feliz que aquel filósofo como revolucionario, pues iba a ver triunfante y gloriosa la gran revolución de Reforma en su patria, de la cual él fue el precursor más atrevido y uno de los principales autores.

Antes de concluir su carrera, pero cuando había adquirido ya gran reputación entre sus compañeros, Ramírez tuvo oportunidad de dar a conocer sus talentos en un círculo más amplio y que ejercía mayor

Ignacio Manuel Altamirano

influencia en la opinión pública. Los Lacunzas, D. José María y D. Juan, abogados de notable capacidad, antiguos alumnos del Colegio de San Juan de Letrán y aficionados a las Bellas Letras, habían fundado en 1836, unidos a varias personas ilustradas, una Academia, que celebraba sus reuniones en el mismo colegio y que pronto alcanzó fama, tanto por la novedad de su carácter, pues las letras patrias no habían tenido hasta allí; al menos después de la Independencia, ningún centro de trabajo, a no ser el de la Academia fundada por el poeta Heredia, que duró poco, como por el impulso que dio a los estudios literarios en México, hasta allí vistos con injusto desdén.

En esa Academia, pues, y previamente aceptado como socio de número, se presentó Ramírez un día. He aquí cómo describe el elegante escritor D. Hilarión Frías y Soto esta entrada, tan solemne como notable:

A pesar, dice, de que reinaba un altivo exclusivismo en el seno de aquella Academia, que no dejaba ingresar a ella a los neófitos de las letras sino después de algunas pruebas, un día se vio penetrar en aquel recinto a un joven de aspecto sombrío, de rostro prolongado, cuyo color oscuro tenía los reflejos verdosos del bronce por la infiltración biliosa, cuyos pómulos prominentes denunciaban la raza azteca, cuyo labio grueso se plegaba por una sonrisa burlona y sarcástica, y cuyos ojos centelleaban por unas pupilas brillantes de inteligencia y rodeadas con una esclerótica inyectada de sangre y bilis.

El traje del joven revelaba su pobreza, y sus maneras el encogimiento típico del colegial.

Según el reglamento de la Academia, el candidato tenía que presentar una tesis de introducción. Ramírez ocupó la tribuna, y al leer el tema de su discurso, aquellas cabezas cubiertas de canas y de lauros se levantaron con asombro, fijándose todas las miradas con avidez en el joven orador, que acababa de lanzar en aquel santuario de la ciencia un pensamiento que fulminaba las creencias y los dioses de aquel areópago.

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

La tesis de Ignacio Ramírez versaba sobre este principio: "*No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos.*"



Foto del mural de
Diego Rivera
donde aparece
Ignacio Ramírez
aludiendo a la
Academia de
Letrán.

Los sabios y literatos de la Academia, educados unos en la escuela peripatética, que fue lo más avanzado en filosofía que pudo importar España a la colonia; nutridos otros con la dialéctica católica, e inficionados algunos con el enciclopedismo del siglo XVIII, que con cortas dosis y como un contrabando había pasado a la América latina, salvando la

Ignacio Manuel Altamirano

aduana de la conciencia que se llamó el *Index* al escuchar aquella audaz enunciación, sintieron el terror del presentimiento de que había llegado para México la hora de la crisis social, cuya primera trepidación sacudía el templo y el altar que adoraba un pueblo entero.

Ramírez, entretanto, desenvolvía en su disertación una teoría enteramente nueva, fundada en los principios más severos de las ciencias exactas, y deduciendo de una serie inflexible de verdades experimentales la conclusión, inaudita hasta entonces, de que la materia es indestructible, y por consiguiente eterna: en este sistema, podía suprimirse, por tanto, un Dios creador y conservador.

Cuando Ramírez concluyó de hablar, los académicos se pusieron en pie y felicitaron a aquel colegial oscuro, que envuelto en una capa de sopista, se anunciaba como el apóstol de una revolución religiosa y filosófica que destruía toda la ciencia universitaria.

Lacunza dijo, estrechándolo en sus brazos: "Voltaire no hubiera hablado mejor sobre este asunto."

Lacunza se equivocaba: Ramírez no pertenecía a la escuela de Voltaire. El gran filósofo del siglo XVIII, el jefe de la escuela encyclopédica de Francia, que con su escepticismo burlón había herido de muerte las creencias legendarias de un vasto continente, sólo había sido el demoledor infatigable del pasado, que al levantarse con su genio inmortal sobre un montón de ruinas, ni una piedra llevaba para construir los cimientos del porvenir.

Sin Voltaire jamás hubieran sido libres ni el pensamiento, ni el hombre, ni el pueblo: todo lo derrumbó con su prodigioso talento: el altar, el trono, la tradición y la historia apócrifa de las sectas y de la humanidad. Pero al escalar los cielos se detuvo en el dintel, y el filósofo que había atacado la religión con la duda y el epígrama; se empeñó en probar la existencia de Dios con una ecuación y con un problema geométrico.

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

Ramírez, con una intuición soberana, casi por un fenómeno inexplicable de adivinación, llegaba a formular las avanzadas conclusiones que sólo más tarde sentaron los sabios del lado Norte del Rhin y los pensadores de la escuela francesa.

“No hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos”. He aquí el lema con que se anunció Ramírez ante una sociedad retardataria, poco ilustrada, fanatizada por el imperio secular de España.

Si otro cualquiera hubiera lanzado ese grito de guerra, que atentaba contra un Dios, contra las creencias de una era y contra la filosofía presidida por Roma, la divina y la infalible, habría sido tomado como un jactancioso demente.

Pero Ramírez, tras de su tesis, dejó desbordar un torrente de ciencia que asombró a sus oyentes, que salvando los muros de la Academia, inundó la ciudad y se derramó después por todo el país.

México sintió el calosfrío del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio se traslucía una revolución social, que removería desde sus cimientos la sociedad vieja de construcción gótica, para darle la forma que exigía el progreso humano.

México, como todos los países latinos, sediento siempre de escándalo y emociones, recoge con avidez la noticia de todo hecho que sale del orden común: pronto, pues, como dijimos ya, cundió por la ciudad el rumor del tema sacrílego presentado por Ramírez a la Academia de Letrán.

Los pensadores que aceptaron en su fuero íntimo algunas de las ideas de Ramírez, aunque no se atrevieron a hacer pública profesión de ellas, lo respetaron y lo estimaron como un genio superior.

El vulgo, es decir, la mayoría de la nación, sobre todo, el clero y las clases acomodadas, en su fanática gazmoñería, con terror veían cruzar a aquel joven sombrío y meditabundo, tan pobemente vestido. Como las mujeres de Rávena al ver pasar

Ignacio Manuel Altamirano

al Dante por las calles, decían nuestros ignorantes timoratos:
"Ese hombre viene del Infierno.

Ramírez, entretanto, abstraído en el estudio, recorría las bibliotecas públicas porque no podía tener libros, y leía todo, y todo lo absorbía, asimilándose una gran dosis de ciencia, con esa selección de los talentos superiores que extractan la doctrina, desechan lo excedente y lo falso, concretan, y sobre los conocimientos adquiridos implantan sus propias deducciones."

El biógrafo ha pintado bien el cuadro de la alarma y del azoramiento que causó aquella obra puramente científica, como la Mecánica celeste de Laplace, en la Academia de Letrán y en la sociedad de México.

En efecto, la aparición de ese joven, que venía a reproducir las doctrinas de Lucrecio en medio de aquellos hombres que rimaban la Biblia, como Carpio y Pesado, que cantaban a la Cruz y a Jerusalén como los Lacunzas, y que aunque no todos viejos ni retrógrados, eran sin embargo creyentes, debió causar no sólo sorpresa sino pavor. Y luego, trasmitida la noticia con la exageración consiguiente, y sin el contrapeso de la riqueza científica y de la belleza de forma, a una sociedad dominada completamente por las ideas religiosas y por el clero, y en que habían acabado por triunfar los principios intolerantes proclamados por la primera revolución de religión y fueros, era preciso que causase un azoramiento difícil de describir, y que no tardó en convertirse en odio contra el réprobo que así se atrevía a descorrer el velo que ocultaba el santuario de las creencias comunes.

¡Un ateo! Hoy mismo, en el último decenio casi del siglo XIX, en una sociedad más adelantada, en la que se han proclamado como dogmas la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia, y en la que se enseñan públicamente las doctrinas más avanzadas en Filosofía, la presencia de un hombre que ataca las ideas religiosas, causa todavía grande impresión en su auditorio, siquiera este auditorio sea científico. Júzguese, pues, cuál sería la producida por las teorías de Ramírez, expuestas con la firmeza que da la convicción, en medio de aquella sociedad compuesta de literatos que habían recibido una instrucción

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

completamente metafísica, y en una época en que los hombres políticos más audaces, hasta aquellos que figuraron después en la Reforma, hacían alarde todavía de ser hijos fieles de la Iglesia católica romana, y de cumplir aún con los preceptos más triviales de una devoción vulgar.

Ramírez tomó las proporciones de un monstruo a los ojos de esta gente, y el escándalo que los santurrones azuzados por los frailes armaron en torno del joven estudiante, fue a perseguirlo hasta su retiro. Otro que Ramírez habría acabado por intimidarse ante los efectos de sus doctrinas; pero él, apóstol entusiasta de la libertad de pensamiento, representante avanzado de una nueva era, estaba resuelto a continuar su obra; su espíritu altivo y honrado se sublevaba contra el estado de cosas político y social que como una atmósfera deletérea ahogaba al pueblo mexicano en aquella época. Porque aquella fue precisamente la época nefasta de las revueltas vergonzosas, de los motines pretorianos pagados en las sacristías, que ensangrentaron el país en provecho del clero y de los ricos, y que tenían por resultado inevitable la muerte de las libertades públicas y la extenuación nacional, ante el extranjero que nos acechaba.

Ramírez había visto caer así el sistema federal y levantarse el centralismo, que era el predominio de las clases privilegiadas; había visto pasar, en menos de diez años, las dictaduras de Santa-Anna, de Barragán y de Corro, el segundo gobierno de Bustamante con su despotismo interior y sus bajezas con el gobierno de Luis Felipe; de nuevo el gobierno militar de Santa-Anna y de sus tenientes Canalizo y Bravo, que pisoteaban toda representación nacional; el débil y efímero gobierno de Herrera, y por último el brutal gobierno del traidor Paredes, descaradamente conservador y clerical, que desentendiéndose del invasor americano que pisaba ya nuestras fronteras, sólo pensaba en establecer en México una monarquía.

Estos gobiernos, nacidos del motín militar, eran ratificados por las Juntas de notables, es decir, por reuniones de clérigos y de ricachos que nada tenían que ver con el elemento nacional; vivían, aunque tiránicos siempre, minados por las sublevaciones y el descrédito, y rodaban unos tras de otros, cubiertos de vergüenza, de sangre y de cieno. En cuanto a

los antiguos Estados de la Federación, convertidos en Departamentos, impotentes, sin caudillos, sin aliento, al ver la inestabilidad de aquellas cosas, se encerraban en un silencio egoísta o se adherían servilmente a esos gobiernos que se sucedían en la metrópoli como vistas disolventes, y que solían a veces no durar ni el tiempo necesario para recibir la adhesión.

Tal era la situación pública en México cuando Ramírez saltó a la palestra política, lleno de indignación contra tantos vicios y tantas miserias. Pero para combatir con las potestades sociales interesadas en mantener tal estado de cosas, para sacudir aquel edificio sostenido por instituciones inveteradas y por preocupaciones seculares, era preciso estar cubierto de triple coraza. Ahora bien: Ramírez era un joven de veinticinco años, apenas conocido, y en la empresa de predicar una regeneración completa, tanto en el dominio político como en el moral en México, estaba solo, enteramente solo. En ese tiempo, los liberales más exaltados de la República, los enemigos más audaces del centralismo y del clero, apenas se atrevían a pensar en el restablecimiento de la Constitución de 24, mirándola como la única panacea de los males públicos.

En cuanto al partido moderado, partido mañero y cobarde que se había plegado al sistema de las Bases Orgánicas y que tenía influjo en el gobierno de Herrera, ese creía que era necesario, para consolidar las libertades, no tocar la religión de Estado, ni los intereses del clero, ni los privilegios del ejército, ni las preeminencias de las clases aristocráticas.

Por eso Ramírez estaba solo, e iba a luchar aun contra aquellos que podían suponerse sus correligionarios. Los avanzados iban a creerlo un soñador; los moderados iban a ser tan enemigos suyos como los mismos cléricales.

Por donde quiera iba a encontrar la incredulidad o el odio. Pero él contaba con su inmenso talento, con su elocuencia y con su voluntad inquebrantable. Estaba resuelto a todo; a sufrir la persecución, las prisiones, la miseria, a subir al cadalso, si era preciso, con tal de llevar a

Biografía de Ignacio Ramírez "El Nigromante"

cabo su idea de echar abajo aquel estado de cosas, que pesaba sobre el pueblo como una losa sepulcral.

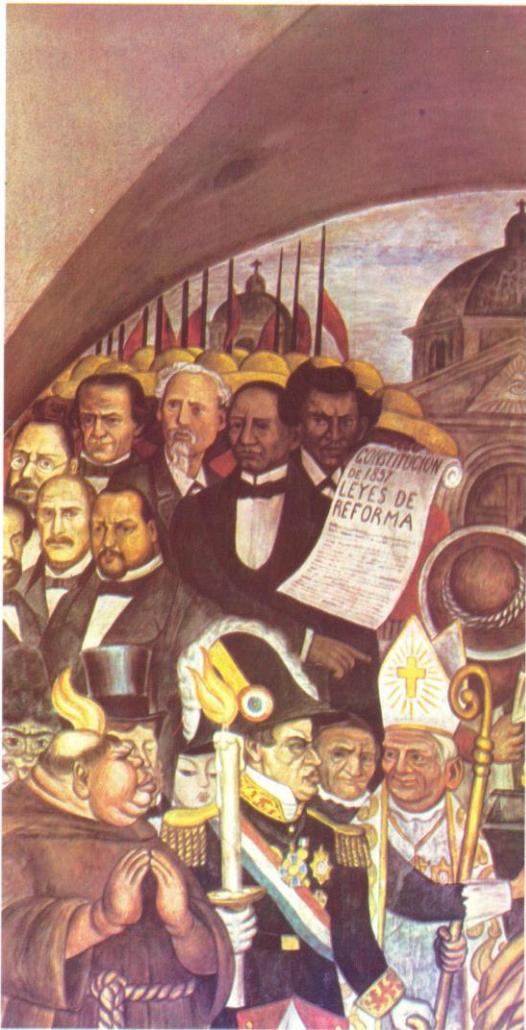
Entonces, pues, comenzó a propagar sus ideas por medio de la prensa, y en unión de otros jóvenes, no tan convencidos, pero sí tan entusiastas como él, fundó un periódico, cuyo nombre es famoso hasta hoy, el *Don Simplicio*, que bajo una forma humorística ocultaba un gran sentido político y social.

El primer número de *Don Simplicio* apareció en 1845, precisamente bajo la administración del general Herrera y del partido moderado que ocupaba los puestos públicos, tranquilamente unido al partido conservador. En ese primer número Ramírez publicó un artículo editorial que contenía su credo político, el programa de toda su vida, intitulado "*A los viejos*",* sobre el cual llamó especialmente la atención de los lectores, porque es la condenación más perentoria de ese pasado de sufrimientos para el pueblo, y el reto más audaz a los legisladores falaces, a las clases explotadoras, a los falsos sabios, a los sacerdotes embaucadores, a los propietarios feudales, a todos, en fin, los que habían oprimido, engañado y explotado al pueblo desde 1821, *ajando así las flores de la Independencia, produciendo los frutos de la discordia y apagando las esperanzas del pueblo entre miseria y sangre*. Así dice el artículo.

Además, en él, Ramírez, que adoptó desde entonces el seudónimo "El Nigromante" con el que fue conocido después hasta su muerte, lejos de manifestarse partidario de la Constitución de 24, la condena como ineficaz, como condena todas las que la siguieron. "*En más de media docena de Constituciones, dice, que en menos de medio siglo hemos jurado y destruido, no veo sino infecundos sentimientos de libertad y corrompidas fuentes de ilustración, brotando bajo la luz y el fuego de la moderna filosofía en corazones monárquicos y en espíritus aristotélicos*" Por consiguiente, él proclama una revolución completa, política, religiosa, económica y social, y apela al pueblo, al verdadero pueblo, para realizarla.

* Nota: Se incluye como apéndice a esta biografía.

Ignacio Manuel Altamirano



No contento con exponer sus principios en la prensa, procuró dirigir a las masas, y en un Club que se organizó en 1846 y que tomó el nombre de "Club Popular", *"expuso, dice el concienzudo biógrafo D. Francisco Sosa, las ideas que algunos años después quedaron consignadas como principios en la Constitución y en las leyes de Reforma"*.

Pero entretanto el gobierno de Herrera había caído, en virtud de haberse pronunciado el general Paredes en San Luis Potosí el 14 de diciembre de 1845, con el ejército que se había enviado a sus órdenes para combatir al norteamericano mandado por Taylor, que invadía ya nuestro territorio.

Habiendo secundado la guarnición de México ese infame motín militar, el débil gobierno de Herrera dejó de

existir, y Paredes, a pesar de haber dado la espalda al enemigo extranjero, fue proclamado Presidente, e instaló su gobierno, como se ha dicho ya, cínicamente conservador y monárquista.

Con el objeto de propagar su proyecto de establecer una monarquía en México, y ayudado por el ministro de España D. Salvador Bermúdez de Castro, sostuvo un periódico intitulado *El Tiempo*. Con éste, pues, y bajo la terrible presión que ejercía aquel gobierno sobre la prensa,

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

emprendió el *Don Simplicio* una lucha tenaz y valerosa, lucha que debía terminar, como era de esperarse, dadas las circunstancias, por la supresión del periódico liberal y por la persecución de sus redactores. El último número del *Don Simplicio* se publicó en blanco el 23 de abril de 1846, su editor D. Vicente García Torres salió desterrado, y el Nigromante, Guillermo Prieto, Manuel Payno y los demás redactores fueron encarcelados.

Aquí conviene hacer notar la singular coincidencia de haber sido contendores en esta famosa polémica del tiempo de Paredes, los dos periódicos que sostenían dos sistemas extremos: el *Don Simplicio* la Reforma democrática y *El Tiempo* la Monarquía; sistemas que habían de realizarse más tarde, mediante luchas sangrientas, primero aquella, después ésta, quedando al fin triunfante la Reforma.

Me he detenido adrede en la relación de esta parte menos conocida de la vida de Ramírez, porque hoy que han pasado muchos años, que se han desarrollado tantos sucesos y que la Nación Mexicana ha sufrido una gran transformación; hoy que podemos con mirada tranquila medir la influencia que han ejercido los hombres históricos de México en nuestro progreso social, Ignacio Ramírez se nos presenta como el verdadero precursor del adelanto científico en nuestra patria, como el

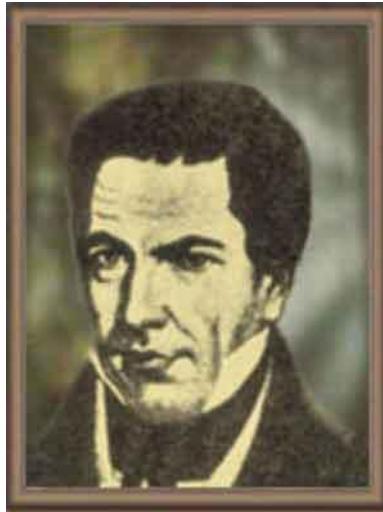
más audaz y resuelto enemigo del oscurantismo y como el gran



Ignacio Manuel Altamirano

predicador revolucionario, que desde 1845 había adoptado como lema de su vida el "*Recedant omnia vetera; nova sint omnia*"* que ninguno de sus predecesores ni de sus contemporáneos se había atrevido a pronunciar de una manera tan absoluta.

Efectivamente, de aquéllos, sólo el ilustre D. Joaquín Fernández Lizardi



(el Pensador Mexicano), como lo hace notar su joven y juicioso biógrafo D. Luis González Obregón, merece justamente el nombre de *iniciador de la Reforma*, por haberla propagado en sus escritos eminentemente populares, lo que fue causa de los constantes infortunios que lo persiguieron hasta su muerte en 1827. Ramírez mismo lo reconoció así, rindiendo homenaje en un hermosísimo discurso a la memoria del insigne escritor. Diez años después, en 1837, sólo el Dr. Mora formuló un programa semejante al publicar sus obras en París.

En cuanto a los contemporáneos, sólo el impávido D. Valentín Gómez Farías, entonces proscrito, y algunos jóvenes, como D. Miguel Lerdo de Tejada, D. Juan José Baz y D. Vicente García Torres, perseguidos, desterrados y defendidos precisamente por el *Don Simplicio*, sostenían la necesidad de una Reforma, y sólo los bravos redactores de este periódico desafiaban las iras del poder hasta que fueron amordazados. Los demás callaban, temblando al ruido de los sables de los antiguos oficiales de Iturbide, convertidos, como su jefe, en sayones del clero y de los ricos.

* El equivalente de "Déjese atrás todo lo viejo o caduco; renuévese todo".

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

Por eso Ignacio Ramírez es digno de alabanza y de admiración. Él en la prensa y en la tribuna popular, casi solo, y combatiendo contra tantos elementos poderosos, no triunfó, ni era posible que triunfara, pero fue un sembrador de ideas que fructificaron más tarde, y si el pueblo y la historia admirán a los hombres de armas que en tiempos posteriores hicieron triunfar la causa gloriosa de la regeneración de México, justo es que admiren también al propagandista enérgico y valiente que fue el primero en alzar la bandera, que no se desalentó en el silencio del desierto, que tuvo fe, y que acabó por comunicar esa fe al pueblo y a los vacilantes de su partido. Si otros fueron los caudillos y los vencedores después, nadie podrá disputar a Ramírez el envidiable título de apóstol de la Reforma.



IV

Por fin el gobierno de Paredes cayó, a consecuencia del pronunciamiento del General Yáñez en Guadalajara el 20 de mayo de 1846, secundado el 4 de agosto del mismo año en la ciudadela de México por el General Salas. El General D. Nicolás Bravo que se había afiliado en el partido conservador desde el tiempo del Presidente Victoria, y a quien usaban los monarquistas y cléricales como un instrumento, desgraciadamente para él, no pudo sostener ni una semana la situación que le dejó Paredes, cuando se disponía a marchar contra Yáñez, y tanto él como Paredes mismo, abandonados por las tropas, huyeron, triunfando completamente los pronunciados.

Estos organizaron el nuevo gobierno, que encabezó el General Salas, quien nombró un ministerio compuesto de miembros del partido moderado, presididos por D. José María Lafragua. Este gobierno se contentó con restablecer el 22 de agosto la Constitución federal de 1824, convocando un Congreso, que se reunió y nombró Presidente de la República al eterno General D. Antonio López de Santa-Anna, y vicepresidente a D. Valentín Gómez Farías.

No había, pues, otra esperanza en esta innovación para los partidarios de la Reforma, que la que podían ofrecer la personalidad ya bien conocida del vicepresidente, y la reorganización del partido liberal en los Estados; pero tal esperanza se neutralizaba, en gran parte, por el peligro nacional, pues los invasores norteamericanos habían invadido ya nuestro territorio, aprovechándose de los desórdenes interiores, habían derrotado por donde quiera a nuestros generales, y se habían apoderado de la Alta California y de varios Estados de la frontera.

Ignacio Manuel Altamirano

Así pues, el partido liberal, patriota antes que todo, se consagró enteramente a la defensa nacional, sin imitar el vil ejemplo del partido conservador que todavía, y frente al enemigo extranjero, promovió las traidoras revueltas acaudilladas por el General Mora en Mazatlán el 18 de enero de 1847, y la famosa de los *Polkos* en favor del clero, y contra el Congreso y el Presidente Farías, en febrero del mismo año.

El restablecimiento de la Constitución de 24 impuesto por los moderados, no satisfacía de ningún modo las aspiraciones de Ramírez y de sus compañeros de ideas, a la Reforma que habían propuesto, pero ellos lo aceptaron como una necesidad transitoria en aquellas circunstancias aflictivas para la Patria, aplazando para tiempos mejores la prosecución de sus trabajos, y pusieron su energía al servicio de la defensa nacional.



Un hombre de gran talento y de gran corazón, D. Francisco Modesto de Olaguíbel, fue nombrado entonces Gobernador del poderoso Estado de México, y él fue el primero que comprendiendo el mérito excepcional del joven escritor reformista, quiso colocarlo en un puesto en que desplegará la suma de facultades y de actividad que lo hacían tan necesario en aquellos días. Nombrólo, pues, Secretario de Guerra y de Hacienda, y se lo llevó a Toluca, capital del Estado, en unión de Escudero y Echanove, de Valle, de Iglesias y de otros jóvenes liberales que formaron su Consejo.

Ramírez en aquel encargo de organización y de combate, correspondió plenamente a la confianza de Olaguíbel y del Estado. Lo que entonces hizo no fue muy notorio, merced a la borrasca que se desencadenó sobre la República, pero ello merece ser referido porque presenta a Ignacio Ramírez como uno de los pocos patricios que en el gran infortunio de

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

1847 ni descansaron un momento, ni desesperaron de la salvación del país, ni contemplaron indiferentes las luchas de la nación contra los invasores victoriosos.

Dice el Sr. Sosa hablando de esta época de la vida de Ramírez:

Al establecerse en ese mismo año el sistema federativo, el Sr. D. Francisco Modesto de Olaguíbel, que era a la sazón Gobernador del extensísimo Estado de México, y que conocía y estimaba los talentos de Ramírez, le llevó a su lado para organizar la administración. Ramírez correspondió ampliamente a aquella confianza trabajando día y noche, no sólo en la reconstrucción administrativa, sino también en la defensa del territorio nacional invadido por las huestes de la República vecina. Fue en aquella época y en aquel Estado en los que Ramírez comenzó a propagar las ideas ya iniciadas en el periodismo, según acabamos de decir. Además, animado por el fuego sacro del amor a la patria y con el objeto de organizar las tropas del Estado de México, asistió con el Gobernador Olaguíbel a la memorable acción de Padierna, contra los americanos. En medio de tan azarosa situación, cuando los gastos de la guerra absorbían todos los recursos, Ramírez, sin desatender la defensa nacional, iniciaba cuantas mejoras sociales y materiales creía necesarias para que México fuese no sólo independiente y libre, sino ilustrado y próspero, contribuyendo poderosamente al restablecimiento del Instituto Literario, plantel que ha dado honra a la República.

Y el Sr. Frías y Soto dice también, refiriéndose a este tiempo:

Las graves atenciones de la guerra, la preocupación unánime de salvar la autonomía nacional, y la escasez del tesoro público, no impidieron que el partido liberal, que gobernaba en la República, y sobre todo en el Estado de México, planteara audazmente algunos de los principios radicales de su programa.

Ignacio Manuel Altamirano

Como una simple recordación, mencionaremos aquí que en aquella luctuosa época cometió el partido clerical su tercera traición contra la patria. Después de haber combatido la Independencia proclamada por Hidalgo, y después de haber falsificado el pensamiento de ella con la defeción de Iturbide, ayudó eficazmente a la ocupación del país por los americanos, y por odio al partido democrático y por salvar los bienes del clero, hizo un pronunciamiento, negándose a cooperar a la defensa nacional.



Ramírez creó en torno del Ejecutivo del Estado un Consejo de Gobierno, formado por Iglesias, Valle, Carrasquedo, Prieto y Escudero y Echanove, que entonces era liberal.

De este Consejo, presidido por el Gobernador del Estado, y en el cual irradiaba la luminosa iniciativa de Ramírez, salieron leyes modelos, que unísonas con el principio de libertad, han subsistido por largos años. Merecen mencionarse, como las

más notables, la abolición de las alcabalas, ese desiderátum de la democracia, que no ha podido realizar la Federación; la prohibición del juego, la abolición de las corridas de toros y la libertad de los municipios como la base de la redención y salvación de la raza indígena, y la formación de la guardia nacional.

Entonces se reorganizó el Instituto Literario, ese plantel donde se educaron muchos de nuestros hombres públicos que se han hecho notables en el foro o en el parlamento.

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

Ramírez, aprovechando su condición de Secretario de gobierno, impulsó poderosamente la fundación del Instituto, cuya dirección se confió al Sr. Sánchez Solís.

En esa época se unió Ignacio Ramírez en matrimonio con la bellísima joven Soledad Mateos, construyendo aquellos dos corazones un hogar, que fue el santuario de los afectos más nobles, y donde brillaron todas las virtudes que se trasmitieron a los dignos hijos de aquellos esposos que tan tiernamente se amaron.

Esa fue la faz más hermosa de la vida de Ramírez, era la única faceta de luz que brillaba, en aquella alma tallada, como un diamante negro.

La noble esposa, la digna compañera de su vida, era merecedora del afecto que le profesaba aquel corazón tan grande y de la estimación en que la tenía aquella inteligencia tan superior.

Este biógrafo tiene razón en cuanto dice respecto de la hermosa y santa mujer de Ramírez, cuyas excelsas virtudes fueron el consuelo único que tuvo ese grande hombre, durante su vida llena de penalidades, y a quien amó con amor profundo y tierno hasta su muerte.

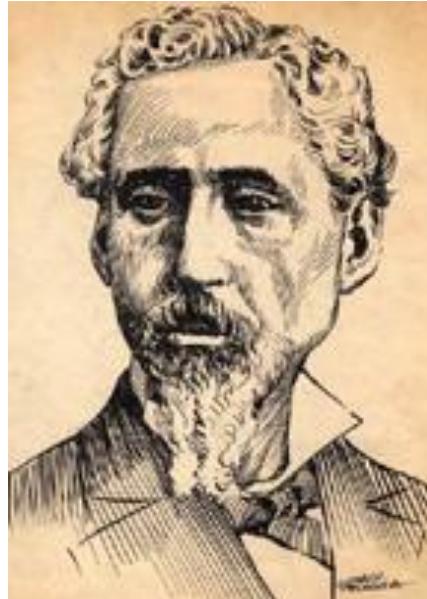
Volviendo a la vida política de Ramírez, por lo que se ha referido, se ve que el joven reformista, pasando ya del campo de la teórica y de la simple propaganda al dominio de la acción y de la práctica, demostró en 1847 que tenía todas las dotes de hombre de Estado, y que en materia de patriotismo se colocaba en la primera fila y en tiempos difíciles y calamitosos que son los que sirven para probar los caracteres de temple superior.

En ese mismo año de 1847 fue cuando el gobierno de Olaguíbel, por inspiración de Ramírez que no perdía de vista el gran asunto de la enseñanza pública, y que deseaba, sobre todo, levantar con ella a la raza indígena, dio una ley, previniendo que de cada municipio del Estado de México se enviase a un alumno, el más apto, declarado así, previa oposición o certamen en la cabecera respectiva, que fuese pobre y de

Ignacio Manuel Altamirano

raza indígena, para hacer sus estudios en el Instituto Literario, por cuenta del mismo municipio.

Gracias a esa ley, verdaderamente trascendental y que no ha tenido imitación en tiempos posteriores, muchos indígenas, hijos de familias pobrísima, como el que esto escribe, vinieron a estudiar al Instituto Literario de Toluca, pensionados por sus municipios. Esto fue lo que se empeñó en explicarnos principalmente el Prefecto del Instituto de quien he hablado en el principio de esta biografía, para hacernos conocer al nuevo profesor, y esto fue lo que nos hizo ver a éste desde aquel día, como a nuestro benefactor, como al que nos redimía de las tinieblas de la ignorancia en que yacen los analfabéticos.



V

Ocupada la capital de la República por los norteamericanos, éstos se dirigieron a Toluca el 7 de enero de 1848, y el Gobierno del Estado de México se vio obligado a emigrar, sufriendo en tal emigración no pocas vicisitudes. Por esa época Ramírez fue nombrado por el Gobierno general, que se había trasladado a Querétaro, jefe superior político del territorio de Tlaxcala.

Quien se había mostrado tan activo y empeñoso en organizar la defensa nacional en el Estado de México, no podía abandonar su tarea en el mencionado territorio mientras ocupaba el invasor el centro del país, y en tanto que el Congreso, como era de esperarse, decidía la continuación de la guerra, hasta expulsar del suelo mexicano al extranjero que lo profanaba. Así es que se dedicó a esa tarea con ardimiento, tan pronto como tomó posesión de su nuevo encargo. Pero los tlaxcaltecas, fieles a sus tradiciones de raza, sólo pensaban entonces en sacar con lucimiento su procesión anual de la Virgen de Ocotlán, ídolo venerado de aquella comarca. Ramírez, indignado de tamaña indiferencia, prohibió que se verificase la procesión, impertinente en tales momentos. Entonces la población entera se amotinó, pidiendo enfurecida y armada que se le permitiese llevar adelante esa manifestación religiosa y amenazando al jefe político con asesinarlo en caso de negativa. Semejantes bríos que hubieran sido mejor empleados frente al enemigo extranjero, no hicieron transigir al gobernante liberal, que prefirió abandonar el territorio, puesto que no contaba con elementos de resistencia, a ceder a aquella demanda tan antipatriótica como ridícula, arriesgando en ello su vida, pero salvando su honra como buen mexicano.

Ignacio Manuel Altamirano

Desde esos días, y separado ya del Gobierno del Estado de México, Olaguíbel, Ramírez, lo mismo que sus antiguos compañeros de Secretaría, permaneció retraído, con tanta mayor razón, cuanto que el Congreso, compuesto en su mayoría de moderados, había ratificado los vergonzosos tratados de Guadalupe, celebrados por los plenipotenciarios mexicanos Cuevas, Couto y Atristain con el americano Trist, en virtud de los cuales, México cedía la mitad de su territorio a los Estados Unidos, recibiendo en cambio una gran cantidad de dinero.

El General Santa Anna había abandonado el país, durante la guerra, entrando a ejercer el poder el Lic. D. Manuel de la Peña y Peña. A pocos días, el Congreso de Querétaro nombró Presidente al General D. Pedro María Anaya, quien habiendo renunciado este encargo, lo dejó de nuevo a Peña y Peña que fue el que firmó los tratados de paz, y gobernó hasta junio de 1848 en que tomó posesión de la presidencia constitucional el General Herrera.

Con él entró en el poder el partido moderado, gobernando hasta el 15 de enero de 1851 en que subió a la presidencia el General Arista, electo constitucionalmente.

Durante este tiempo, Ramírez había vivido en Toluca al lado de su familia y ejerciendo su profesión. Por empeños de Sánchez Solís, Director del Instituto Literario, que sabía bien cuánto debía el nuevo plantel al secretario de Olaguíbel, fue éste nombrado Profesor de Derecho, en el mismo Instituto, desempeñando dos cátedras, la de primero y la de tercer año, una de ellas gratuitamente.

Además, Ramírez, incansable en sus tareas de enseñanza, y cuyo espíritu no podía permanecer inactivo ni un momento, accedió gustoso a las instancias que se le hicieron para que fundase una clase de Bella Literatura, que daba también gratuitamente los domingos en la mañana, apresurándose a acudir a ella todos los alumnos grandes del Instituto, es decir, los que cursaban Filosofía y Derecho. Allí estaban Gumesindo Mendoza, Juan y Manuel Mateos, Joaquín Alcalde, Jesús Fuentes Muñiz, Luis Gómez Pérez, José María Condes de la Torre y

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

otros que se han distinguido después en las ciencias, en las bellas letras, en la tribuna forense y en la tribuna parlamentaria, pero que sobre todo, han sido fieles a las ideas democráticas y reformistas que les inculcó aquel maestro inolvidable.

Allí también tuve yo el honor de oír por primera vez la elocuente palabra de Ramírez, sentándome en los bancos de la clase, como discípulo, aunque no tenía derecho, pues entonces cursaba yo latinidad. Y aquí me será permitido relatar en breves líneas el incidente en virtud del cual entré en esa clase, y que aumentó mi gratitud hacia Ramírez.

Excitada mi curiosidad por los grandes elogios que hacían los alumnos, de la elocuencia y sabiduría del Maestro, fui un domingo a escuchar la clase, sentado en la puerta. Notólo Ramírez y me mandó entrar, a pesar de que le dijeron: que según la orden de la Dirección, sólo podían asistir a aquella los cursantes de Jurisprudencia y de Filosofía. Él se encargó de allanar la dificultad, como en efecto la allanó, y desde entonces, y por mera excepción, seguí concurriendo como discípulo.

Pude convencerme, entonces, de que los elogios que había oído no sólo eran justos, sino que aun quedaban abajo de lo que merecía la belleza de aquella lección dominical. No era una clase fríamente preceptiva y vulgar. Ramírez allí enseñaba como no se había enseñado antes, como no ha vuelto a enseñarse después en México, sino es cuando él tomaba la palabra en los Liceos y en las Academias. Ni se limitaba tampoco al estudio de los diversos géneros literarios, sino que con motivo de las composiciones que se le presentaban, al hacer la crítica de ellas se remontaba hasta otras regiones, hasta las regiones de una altísima filosofía científica y literaria que nos dejaba asombrados, y que abría nuevos horizontes a nuestro espíritu. Era en toda la amplitud de la palabra, una enseñanza enciclopédica, y los que la recibimos aprendimos más en ella, que lo que pudimos aprender en el curso entero, de los demás estudios. Allí se formó nuestro carácter, allí aceptamos nuestro credo político al que hemos sido fieles sin excepción de una sola individualidad. Porque es de advertirse, y es una cosa notable ciertamente, que ni un solo discípulo de Ramírez, en el Instituto, ha renegado de los principios liberales y filosóficos que les

Ignacio Manuel Altamirano

inculcó el Maestro, sino que, al contrario, todos los han sellado con su constancia y con sus obras, y algunos con su sangre.

Efectivamente, dos de esos discípulos, a saber: Manuel Mateos, abogado y publicista, fue fusilado por Márquez en Tacubaya el 11 de abril de 1859, y Pablo Maya, Ingeniero y Jefe Político de Tenango del Valle, fue fusilado por el mismo Márquez en Santiago Tianguistengo en 1861. De los otros, varios han colaborado con Ramírez en la obra de la Reforma, defendiéndola en los campos de batalla, en los Congresos o en la prensa. Dos de ellos, Joaquín Alcalde, abogado y orador político, y Gumesindo Mendoza, sabio naturalista y gran profesor científico, han muerto pacíficamente sin dar muestras de debilidad y sin retractarse de sus ideas filosóficas. Los menos brillantes, los humildes, aquellos que

*en florecer ocultamente
cifraron su placer, orgullo y gloria,*

siguen firmes en sus convicciones, y morirán dignos de su Maestro y de sí mismos.

Tal circunstancia excepcional en la enseñanza moderna, y especialmente en México, hacen que la Escuela que fundó Ramírez en el Instituto de Toluca, tenga gran semejanza con las escuelas griegas en la antigüedad o con las escuelas de la Reforma en el siglo XVI.

Entretanto que esto pasaba en el Instituto Literario de Toluca, el partido moderado se apoderaba completamente del Gobierno del Estado de México. El Señor Don Mariano Riva Palacio electo Gobernador, probo e inteligente en la administración, pero tímido como todos los hombres de su bandería, en materia de libertades, se rodeó de consejeros que pertenecían más bien al partido conservador.

A tal Gobierno no podían convenir las ideas que propagaba Ramírez, ni éste creyó bueno un programa administrativo que pugnaba con sus ideas de Reforma. Así pues, los hombres del poder y el hombre independiente comenzaron a hostilizarse. Ramírez siguió proscrito y fundó un periódico de oposición intitulado *Themis* y *Deucalion*, que pronto adquirió gran celebridad a causa de la profundidad de sus

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

artículos y de la osadía y verba que desplegaba en ellos. Ni se limitaba en ese periódico a hacer una oposición local, sino que con miras más elevadas, continuaba su propaganda en favor de una reforma completa en la organización política y social de la República, atacando al clero, al antiguo ejército y a la aristocracia feudal, que oprimía por donde quiera a las clases menesterosas.

Entonces fue cuando escribió su famoso artículo “*A los Indios*”,* que hubiera sido el levántate y anda para esta raza paralítica, si la suspicacia del Gobierno no hubiera impedido su circulación.

El Lic. D. Manuel García Aguirre (que después fue prefecto político de México bajo la dominación francesa, y ministro de Maximiliano en Querétaro y que entonces era Secretario de Gobierno del Sr. Riva Palacio) hizo denunciar el artículo, arrestar al autor de él, sentándolo después en el banquillo del acusado. Las penas que se imponían entonces por los delitos de imprenta, eran graves: seis o más meses de prisión solitaria y multas.

La autoridad dio la consigna a los jurados, de condenar a Ramírez, pero entonces pasó una cosa inesperada e inaudita. La concurrencia al jurado fue numerosa y en su mayor parte desfavorable al escritor. Aun había alguno que llevaba una gruesa de cohetes, para quemarlos cuando se hiciese público el veredicto condenatorio.

Ramírez se presentó conducido por sus guardias, y su defensa fue tan elocuente, tan justa y tan grandiosa, que el público prorrumpió en aplausos, y los jurados, conmovidos, declararon al reo inocupable y en consecuencia libre. El hombre de la gruesa de cohetes tuvo que vender éstos a un partidario de Ramírez que los quemó allí mismo, y el escritor fue llevado en triunfo a su casa.

Pero con este suceso se acrecentó la animadversión del Gobierno del Estado de México y de los conservadores de Toluca contra Ramírez, y tanto el uno como los otros redoblaron sus esfuerzos para arrancarlo de su cátedra del Instituto y para apartarlo del Ayuntamiento de la ciudad

* Nota: Se incluye como apéndice a esta biografía.

Ignacio Manuel Altamirano

del cual era síndico, por elección popular. He aquí cómo refiere esto el Sr. Frías y Soto:

La sociedad se sobrecogió de miedo, dice, cuando traslució que las cátedras de derecho y de literatura se habían convertido en un Sinaí de Reforma: las conciencias se alarmaron y los timoratos organizaron una cábala contra el profesor sospechado de herejía.

Los padres de algunos de los alumnos comisionaron a los Sres. Mañón y Juan Madrid, para que pidieran al Director del Instituto la separación de Ramírez.

El Sr. Sánchez Solís rehusó enérgicamente aquella pretensión, lo cual no desalentó a los conservadores, tan tenaces en sus odios y tan hábiles para derrumbar una reputación y reproducir una calumnia.

Se dirigieron a Tavera, secretario de Justicia del Gobierno del Estado de México, el cual pidió informe sobre Ramírez: y habiendo sido satisfactorio el que rindió el Director, se alejó a éste del Instituto con pretexto de conferirle una comisión popular, y se separó al catedrático que inoculaba a la juventud ideas nuevas y radicalmente liberales.

Ramírez tornó tranquilo a su hogar, a sus luchas, a su vida de estudio y de privaciones, hasta que en 1852, Vega, Gobernador del Estado de Sinaloa, lo nombró Secretario de Gobierno, en cuyo puesto se conservó por algún tiempo, dejando planteadas notables mejoras administrativas. Poco tiempo permaneció en su puesto, porque el Gobierno constitucional fue derrocado por la revolución suscitada



Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

contra Arista y triunfante por el golpe de Estado de Ceballos, y sobre todo por los convenios de Arroyozarco, donde los generales Manuel Robles Pezuela y Uraga formaron un plan que trajo por última vez a Santa-Anna al mando supremo de la República.

Ramírez emigró a la Baja California donde hizo el admirable descubrimiento de la existencia de zonas perlíferas, analizando a la vez, en luminosos artículos, los preciosos mármoles que existen allí, y cuya formación explicaba el sabio por la hacinación de conchas marinas.



Efectivamente, la comisión dada a Sánchez Solís para apartarlo del Instituto fue una diputación en el Congreso federal. De ese modo vino a ocupar su puesto a México, y Ramírez, lo mismo que todos los profesores antiguos, se

separó de su cátedra con sentimiento de sus discípulos. Una nueva planta de catedráticos y de superiores ocupó el Instituto, y aun me acuerdo de que el nuevo Director, D. Francisco de la Fuente, al pronunciar su discurso de inauguración en enero de 1852, dijo terminantemente: que era preciso desterrar de la enseñanza que se iba a dar allí, las ideas heréticas que se habían difundido en los años anteriores. La alusión a la enseñanza de Ramírez era clarísima. De suerte que la elección de Sánchez Solís para diputado y el cambio de los

Ignacio Manuel Altamirano

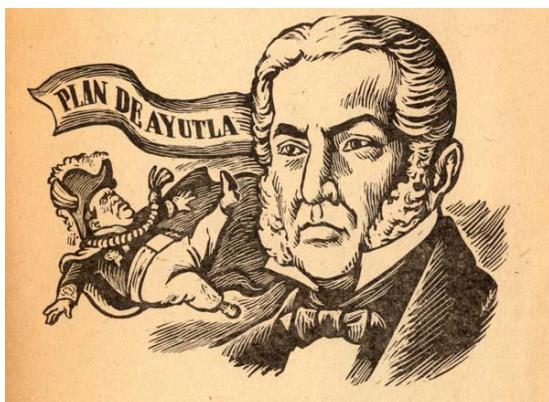
profesores no habían tenido por objeto más que apartar al reformador de sus cátedras del Instituto.

El Sr. Frías y Soto omite, tal vez por olvido, al hablar de la permanencia de Ramírez en Sinaloa, que allí fue nombrado diputado y que con el objeto de desempeñar su encargo vino a México, en los días en que el Congreso fue disuelto, a consecuencia del golpe de Estado, y que por tal motivo no figuró en aquellos sucesos.



VI

Al comenzar la dictadura de Santa-Anna en 1853, Ramírez se consagró de nuevo a sus trabajos literarios y de propaganda. Habiendo fundado el Sr. Sánchez Solís en México un colegio políglota, Ramírez fue llamado a desempeñar la clase de literatura. "El mismo Sánchez Solís refería, dice el Sr. Sosa, que la dedicación y empeño de Ramírez como catedrático fueron tales, "que habiendo un día entrado a clase a las seis de la tarde, salió a las doce de la noche, cautivando a sus discípulos con la maravillosa elocuencia y erudición con que había nutrido su inteligencia, con aquel fuego sagrado de los dioses de la poesía, con aquellas figuras e imágenes oratorias con que había enriquecido su espíritu. " Gran recelo inspiró al General Santa-Anna el renombre que iba alcanzando el sabio profesor, y, fiel a las tradiciones de los tiranos, declaróle cruda guerra. Entonces Ramírez pasó de la cátedra a la mazmorra de los presos, y sus libros le fueron cambiados por los grillos que llegaron a hacerle profundas heridas, pero que él vio con aquel valor estoico de que jamás, ni en las más crueles circunstancias, se despojó su espíritu."



Mientras que esto pasaba, el General D. Juan Álvarez enarbola la bandera libertadora de Ayutla, y en Toluca ocurría un incidente que probaba hasta qué punto producían efecto las enseñanzas de Ramírez. Cuando el dictador ordenó aquella especie de plebiscito

Ignacio Manuel Altamirano

con el objeto de interrogar a la nación acerca de su continuación en el poder, y que en realidad no fue más que una red para conocer a los descontentos; en Toluca, el jefe militar convocó a todos los ciudadanos a fin de dar su voto. Pues bien, como era de esperarse, el voto de la mayoría fue afirmativo, pero este concierto oficial y arrancado por el miedo se interrumpió con una nota terrible de reprobación. Todos los alumnos grandes del Instituto se presentaron en masa y votaron contra el dictador. La ira que produjo semejante alarde de independencia juvenil, fue inmensa. El Coronel español Pérez Gómez organizó una serenata con su oficialidad, y fue a gritar al pie de las ventanas del Instituto, esa misma noche, *¡Mueran las ciencias y las artes!* Los alumnos votantes fueron expulsados, el colegio no se cerró, pero los pocos alumnos que quedaron sufrieron mil vejaciones. Las obras de Voltaire, de Rousseau, de Diderot y de D'Alembert, que existían completas en la Biblioteca, fueron quemadas de orden del Director, un clérigo llamado Dávila, y parecieron volver por un momento los tiempos inquisitoriales.

Entretanto Ramírez seguía incomunicado y cargado de grillos en la prisión de Tlatelolco en compañía de Manuel Alas y de Francisco Cendejas, hasta que a la fuga del dictador, el pueblo corrió a ponerlos en libertad.

Entonces Ramírez se encaminó a Sinaloa, pero "encontró allí, dice el Sr. Sosa, al General Comonfort, quien al punto le confió su Secretaría, que desempeñó con lealtad, inteligencia y eficacia no comunes, y a la sazón más indispensables que nunca. Pero Ramírez, fiel a sus principios, al advertir en Cuernavaca que Comonfort los falseaba, separóse de él y afilióse con Juárez, Ocampo, Prieto y Cano para combatirle."

Desde esta fecha, la vida del gran Reformador está iluminada por la celebridad, y no es preciso referirla en detalle porque es conocida de todos. Yo he procurado extenderme para diseñar la primera parte de ella, la que se ocultaba mas a los ojos de los biógrafos y del pueblo, como la base de una montaña se oculta a la vista de los que no contemplan más que la cumbre cubierta de nieve y resplandeciente con el sol.

Biografía de Ignacio Ramírez "El Nigromante"

Así pues, trazaré la segunda a largos rasgos trascibiendo lo que otros han dicho, mejor de lo que yo pudiera hacerlo y con datos que yo no podría aumentar. Ramírez desempeñando un Juzgado de lo civil en México, en el que se hizo notable por su integridad y sabiduría, se mostró más grande todavía como diputado, tomando parte en las discusiones del Congreso Constituyente que en 1856 y 1857 discutió los principios que quedaron consignados como preceptos en la Carta Fundamental que nos rige. En el Congreso estuvo en su verdadero Sinaí; lo que había predicado como Apóstol en los clubs y en las cátedras, tomaba allí la forma de ley, y no es culpa suya que la Constitución de 1857 hubiera salido trunca, es decir, sin consignar todas las libertades y reformas que Ramírez había propugnado siempre, pues él las propuso, las sostuvo con entusiasmo, y casi desesperó al verlas rechazadas, como

lo manifiestan algunas de sus peroraciones. La culpa fue de los tímidos, de los moderados, de los retrógrados, de aquellos que lo habían perseguido o aprisionado y que aun allí en los bancos legislativos, habían venido a combatirlo con su palabra o con su voto a

reserva de recoger después la cosecha política, aceptando de buen grado y cuando no había peligro lo mismo que habían rechazado con horror en la Asamblea Nacional.

Allí está la "Historia del Congreso Constituyente" de Zarco para probarlo. Esa historia es el Acta de la fe primitiva, blasón de los audaces y vergüenza de los miedosos. Comonfort no había engañado a Ramírez, como no había engañado a Ocampo, a Miguel Lerdo, a Prieto, a Arteaga. Ellos veían que ese moderado que se rodeaba de moderados, y que pretendía hacer marchar a la nación con el antiguo y despreciado programa de los términos medios, no se hallaba a la altura de las aspiraciones de la revolución. Así es que cuando en virtud



de la nueva Constitución, se hicieron elecciones para designar los Poderes federal y locales, Ramírez fundó un periódico que redactó en unión de Alfredo Bablot, intitulado *El Clamor Progresista*, en el que sostuvo atrevidamente la candidatura de Miguel Lerdo para Presidente de la República. Era una sola voz, pero era importante para indicar al pueblo que Comonfort no debía merecer la confianza pública.

Poco tardó en justificarse esta previsión. Comonfort renegó de los principios constitucionales y dio un golpe de Estado, disolviendo el Congreso y provocando la más tremenda guerra que hayamos tenido después de la Independencia.

Naturalmente Comonfort debía temer a los que se habían declarado sus adversarios. Así es que arbitrariamente y por precaución, mandó aprehender a Ramírez y encerrarlo con centinela de vista en uno de los cuarteles de su confianza.

De allí lo sacó la ingeniosa temeridad de algunos amigos suyos. Ignacio Escudero (hoy, General Escudero Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra, y entonces, oficial), en unión de los hermanos Mateos cuñados de Ramírez, lograron sustraerlo a la vigilancia de los centinelas, y lo sacaron disfrazado de la prisión.

Dirigióse sin perder momento al interior adonde acababa de marchar Juárez, que siendo Ministro de Comonfort, había sido preso por éste y luego puesto en libertad, y adonde se armaba ya la coalición contra la reacción clerical que acabó al fin por entronizarse en México, merced a Comonfort. Pero al atravesar el camino de Querétaro Ramírez fue preso por las fuerzas que acaudillaba el famoso D. Tomás Mejía. Poco le faltó



Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

para ser fusilado por orden de este jefe, y no escapó sino para ser maltratado al grado de conducirlo a Querétaro en un asno, paseado allí para humillarlo, y enviado a México, en donde se abrió de nuevo para él la prisión de Tlatelolco, en la que permaneció reducido a la más atroz miseria hasta diciembre de 1858.

Allí logré verlo; hacíanle compañía su suegro Don Remigio Mateos, el General Junguito, el Coronel Balbontín y otros liberales que carecían casi de alimentación y que hacían jaulas para proporcionarse algunos pobres recursos. Ramírez vendió entonces a vil precio sus preciosos libros para sustentar a su esposa y a sus pequeños hijos.

El pronunciamiento de Robles Pezuela y de Echagaray, llamado vulgarmente el pastel de Navidad, puso fin a aquella prisión espantosa. Robles Pezuela en persona fue a Tlatelolco y sacó a los presos. Ramírez se apresuró a marchar a Veracruz y a Tamaulipas en donde los liberales, con Juárez a la cabeza, luchaban en favor de la Constitución.

Entonces Ramírez, lo mismo que Ocampo, Miguel Lerdo, Gutiérrez Zamora, Degollado, La Llave, Garza, Prieto y Romero Rubio, fue uno de los principales promotores de las leyes de Reforma que Juárez expidió en los primeros meses de 1859, y que realizaban por fin la aspiración del partido liberal y el programa político y social del precursor de 1845.

Lo que los tímidos constituyentes de 57 no se habían atrevido a hacer, lo hicieron los hombres de Veracruz, de una manera revolucionaria, pero tan resuelta, tan decisiva, que la nación aceptó aquel Código como si fuera constitucional, y acabó por incrustarlo en la Carta Fundamental, siendo desde entonces el lábaro del partido popular.

Con él venció éste a sus enemigos, y cuando a consecuencia de la batalla de Calpulalpan, el gobierno liberal ocupó a México y Juárez



Ignacio Manuel Altamirano

renovó su Ministerio, Ramírez fue nombrado Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Fomento, siendo sus campaneros de gabinete Zarco, Prieto y González Ortega, el vencedor de Miramón.

Esa fue una época brillante para Ramírez. Por fin después de haber pasado del club, del periódico y de la cátedra al banco del legislador, llegaba hoy al Consejo del Poder Ejecutivo; y ¡cómo! aclamado por el pueblo, pedido unánimemente por el pueblo, impuesto por el pueblo al Presidente para ejecutar las leyes de Reforma.



VII

Aquel era un triunfo espléndido de que pocos hombres políticos pueden envanecerse. Así pues, Ramírez había pensado, había escrito, había predicado, había sufrido persecuciones y proscripciones, había tenido cadenas y grillos, había estado al pie del cadalso, había sido un apóstol y un mártir; pero atleta jamás vencido ni desalentado, se levantaba por fin triunfante y grandioso sobre sus enemigos, ¡fuerte con el poder y con la gloria!

Los que tanto lo habían perseguido años atrás, debieron entonces, odiándolo, admirarlo. Era en efecto el terrible Nigromante que con la magia de sus ideas, de su palabra y de su voluntad, había llegado a la cumbre para socavar y derribar la vieja fortaleza.

Y no perdió un momento en aquella obra de destrucción y de reconstrucción. La época de su Ministerio fue corta, pero fecunda, semejante a esas tempestades que derriban con su soplo los árboles caducos, pero que difunden con él nuevos gérmenes en las montañas y en las llanuras. Tocábale exclastrar a los frailes y a las monjas, y los exclastró, destruyendo de una vez aquel imperio monacal que tenía más de tres siglos. Después llevó su actividad a todas partes. Reformó la ley de hipotecas y juzgados; hizo prácticas las leyes sobre independencia del Estado y de la Iglesia; reformó el plan de estudios, siendo el primero que destruyó la rutina del programa colonial, suprimió la Universidad y el Colegio de Abogados; luego fue a Puebla, la ciudad levítica, y después de haber exclastrado también allí a los monjes, y de haber dado el palacio episcopal al gobierno del Estado, acordó que la iglesia de la Compañía se convirtiese en biblioteca y en sus torres se fundaran observatorios astronómico y meteorológico; y en

Ignacio Manuel Altamirano

Méjico, ordenó la formación de la gran biblioteca nacional con la reunión de los libros de los antiguos conventos y la adquisición de nuevos; dotó ampliamente los gabinetes de la Escuela de Minas; hizo formar con los cuadros de pintores mexicanos una rica galería que hoy se ve en la Escuela de Bellas Artes, y en su calidad de Ministro de Fomento, renovó el contrato para la construcción del Ferrocarril de Veracruz.



Después de estos trabajos, que serán siempre la gloria de Ramírez, porque se llevaron a cabo, merced a su poderosa iniciativa, presentó su renuncia juntamente con sus compañeros de gabinete a fin de dejar a Juárez la libertad para formar un Ministerio parlamentario, cuando en virtud de nuevas elecciones, fue nombrado Presidente constitucional y se reunió el Congreso.

Entonces se retiró a la vida privada (pues la ley prohibía que los Ministros fuesen electos diputados), pobre, pobrísimo, tanto que tuvo para vivir que ir a Puebla a desempeñar las cátedras de derecho romano y de literatura.

Dice el Sr. Sosa:

Antes de pasar adelante, convendrá que apuntemos uno de los rasgos característicos de Ramírez: su acrisolada honradez. La época en que él desempeñó las Secretarías de Justicia y Fomento, fue, puede decirse, una época para poner a prueba la integridad de su manejo. Millones de pesos manejó en los meses que tuvo aquellas carteras, y nadie, ni sus más encarnizados enemigos, podrán decir que

Biografía de Ignacio Ramírez "El Nigromante"

se hubiese manchado apropiándose la parte más insignificante de los tesoros que por sus manos pasaron. Él, tan ardiente cultivador de los estudios históricos, no tomó un solo libro de los millares sacados de las bibliotecas de las órdenes religiosas; él, amante y conocedor de las obras pictóricas, no llevó a su casa uno solo de los magníficos cuadros extraídos de los claustros; él, que había sufrido persecuciones y que había apurado todos los infortunios antes del triunfo, no buscó la recompensa adjudicándose propiedad alguna para pasar tranquilo el resto de sus días. Y cuando, elevado por sus méritos, le vimos desempeñando en varios períodos el puesto de Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, probó como el que más, integerrimo, conservó limpio y puro su nombre de la vergonzosa nota del peculado.



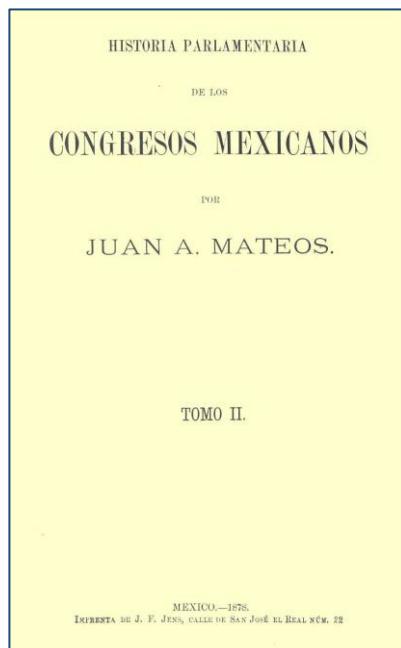
Ramírez al retirarse del Ministerio había concluido el ciclo de su vida militante de Reformador. ¿Qué le importaba entrar en la vida privada, pobre, si había logrado por fin el objeto de toda su vida, si llevaba consigo a su honradísimo hogar el rico patrimonio de su triunfo y de su gloria? De ahí en adelante volvería a ser un tribuno, un publicista, un maestro, un magistrado o un gobernante, pero sería para consolidar su obra, pues ella estaba hecha, y podía descansar, creyendo que era buena.

Ya se verá por esto, cuan injusto es Ramírez para consigo mismo, y cuan modesto se muestra cuando dice, en el magnífico "Proemio" que escribió para la *Historia Parlamentaria de los Congresos Mexicanos de 1821*

a 1857, que Juan Mateos está publicando lo siguiente, hablando de su padre:

En los primeros diez años de la Constitución de 1824, aparecieron en los Estados, Legislaturas y gobernadores progresistas; la instrucción pública, el arreglo de la Iglesia, la proclamación de los primeros principios económicos, y todas las reformas que después se han conquistado, se iniciaban en la capital de la República y encontraban diestros y celosos defensores en patricios como los gobernadores de Jalisco, Zacatecas, Estado de México y Querétaro, *atreviéndome a rendir este homenaje a mi padre, ya que con mis obras he quedado muy atrás de sus esperanzas.*

Al contrario, las había realizado aun más allá de lo que podía desear el ilustre compañero de Gómez Farías, de Prisciliano Sánchez y de Francisco García, en los trabajos de 1833.



VIII

En el tiempo en que Ramírez, estuvo separado de la vida pública, como gobernante; volvió a sus tareas de la prensa y de la tribuna. La Junta Patriótica de México lo designó para que pronunciara el discurso cívico de costumbre, y en efecto, el día 16, en presencia del Presidente Juárez, de sus Ministros y de un concurso inmenso, Ramírez hizo de la tribuna mexicana la digna rival de la tribuna griega, de la tribuna romana y de la tribuna francesa, pronunciando el más bello, el más grandioso, el más admirable discurso que haya resonado en México y en la América toda, y que bastaría por sí solo para dar reputación universal a cualquier hombre.

Analizar las bellezas innumerables que contiene esta soberbia pieza oratoria, no es propio del presente ensayo; ni cabria en él tamaño estudio; baste decir que las ediciones que se han hecho del discurso son numerosas, y que la juventud mexicana lo lee, lo aprende de memoria y lo estudia como un modelo en las escuelas, al par que las arengas de Demóstenes, de Cicerón y de Mirabeau. Es el panegírico más elocuente de la Independencia y de la Reforma, y una profecía de la victoria definitiva de las instituciones liberales contra sus enemigos.

A este propósito, séame permitido referir un incidente cuyo recuerdo me sugiere siempre tal discurso. Al pie de la tribuna en que hablaba Ramírez, nos hallábamos formando grupo el eminente demócrata y orador Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto y numerosos diputados, entre los que estaba yo. Ponciano Arriaga se apoyaba en mi brazo, y en sus arrebatos entusiastas llegó a sacudírmelo de tal modo, que temí que me lo despedazara, y me vi obligado a invocar su clemencia.

Ignacio Manuel Altamirano

El ilustre anciano estaba fuera de sí, palidecía, lloraba, y apenas pudo decirme, soltándonos:

—Pero ¿no oye Ud.? ¿no oye Ud.? Guillermo Prieto, García Torres, Joaquín Alcalde, todos los liberales que estábamos ahí, conteníamos con pena nuestros gritos de admiración.

García Torres, cuando Ramírez bajó de la tribuna, en medio de los aplausos del público, le quitó el discurso de las manos y le ofreció un banquete en el Tívoli, al que asistimos muchos, y que fue una ovación constante al sublime orador.

Esta obra, juntamente con los actos de Ramírez, como Ministro de Estado, llena con inmensa gloria, en la vida del eminente liberal, el año de 1861.

En 1862, cuando nos amenazaba ya la invasión extranjera, redactó con Guillermo Prieto, Iglesias, Schiafino, Santacilia, Chavero y conmigo, un periódico pequeño pero que alcanzó gran popularidad y que se intitulaba *La Chinaca*, cuyas colecciones han llegado a ser rarísimas. Ese periódico tenía por objeto, como se comprenderá, dadas las opiniones de sus redactores, levantar el espíritu público para defender a la Patria, y cumplió bien su cometido.

En febrero de 1863, la Junta Patriótica volvió a nombrar a Ramírez para pronunciar el primer discurso con que el día 5 del mismo mes, debía celebrarse por la vez primera el aniversario de la Constitución de 1857, ya que en los años anteriores no había podido hacerse, por las circunstancias de la guerra, y Ramírez, con tal motivo, produjo otra magnífica pieza oratoria, que fue aplaudida con entusiasmo, y que enfrente del enemigo extranjero que se preparaba de nuevo a atacarnos con mayores fuerzas, resumía la resolución de los buenos mexicanos, en defensa de la Patria.

Concluido el período del segundo Congreso constitucional, el pueblo nombró a Ramírez diputado, para el tercero, que se reunió en abril de 1863, a la sazón que Forey, con su ejército, ponía sitio a la plaza de Puebla. En aquel Congreso, y en aquellas circunstancias extremas, la

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

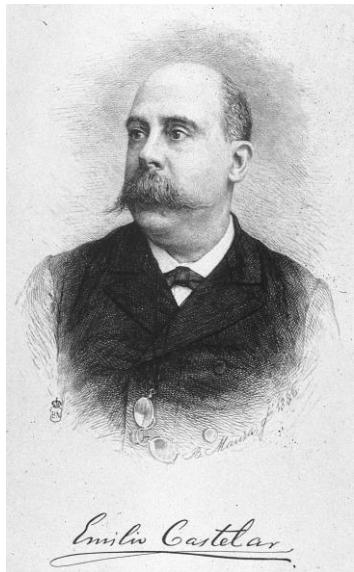
voz del gran tribuno volvió a oírse en la discusión de las importantes medidas que se dictaban para afrontar el peligro, y entre ellas Ramírez propuso una, acompañándolo Prieto, Zarco y yo, a saber: la exclaustración de las monjas que aún ocupaban numerosos conventos de la ciudad, conventos que se ofrecían como recurso al Gobierno en aquel conflicto, al mismo tiempo que se completaba la ejecución de las leyes de Reforma. Esta medida fue aprobada por el Congreso, sancionada por el Ejecutivo y realizada inmediatamente.

Ocupada la plaza de Puebla por el ejército francés, después de una defensa gloriosa, el Gobierno salió de México y se dirigió a San Luis Potosí, mientras que un ejército improvisado a las órdenes de Garza, marchaba hacia Toluca. Los republicanos se vieron obligados a emigrar en distintas direcciones, siguiendo unos al Gobierno y otros a las tropas. Ramírez fue de estos últimos, y en aquellos días su pobreza era tal, que no pudo proporcionarse un caballo, y salió de México a pie, apoyado en un bastón. Un buen amigo que lo supo fue a alcanzarlo en él camino de Tacubaya, y le ofreció un caballo, en que pudo continuar su marcha hasta Toluca.

De allí se dirigió a Sinaloa, su Estado predilecto, como le llama el Sr. Sosa, y allí prestó importantes servicios, aliándose a Rosales, el héroe de San Pedro, a quien él dio a conocer en sus correspondencias y en sus periódicos, y a Corona y a otros patriotas defensores del Occidente, y después de un corto viaje a San Francisco de la Alta California, regresó a Mazatlán para presenciar el ataque de la *Cordeliére* a esa plaza, y la valiente defensa organizada por el bravo general Sánchez Ochoa, y que él ha descrito brillantemente en una de sus cartas a Fidel.

Después fue a Sonora, y allí redactó un periódico patriótico intitulado *La Insurrección*, que fue él grito de guerra y de entusiasmo de aquellos pueblos amenazados ya por el invasor. "Allí fue, dice el Sr. Sosa, en donde sostuvo una polémica con el gran tribuno español Emilio Castelar, en la que con un estilo chispeante y altamente satírico, demostró lo conveniente, lo justo de la emancipación de los pueblos hispanoamericanos, de las tradicionales costumbres de la antigua Metrópoli y de la servil imitación de lo europeo. Terminada la

Ignacio Manuel Altamirano



polémica, recibió Ramírez un retrato de Castelar con la siguiente honrosa dedicatoria: *A D. Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte, el vencido, Emilio Castelar*"

"Expedida la ley de 3 de octubre de 1864, sigue diciendo el Sr. Sosa, Ramírez regresó a Sinaloa para consagrarse a la defensa de los que en ella quedasen comprendidos. Tan noble proceder fue castigado con el destierro, enviándole a San Francisco California, y allí, con entera libertad, escribió contra la intervención francesa. Poco tiempo antes de la caída de

Maximiliano, volvió Ramírez a México, pero al punto se le condujo a San Juan de Ulúa, y después a Yucatán, en donde le atacó la fiebre amarilla."

"En Mérida le conocimos y tratamos, y mucho nos complace poder decir, que siempre conservó gratísimo recuerdo del suelo yucateco y de sus hijos, y habló en todas ocasiones con profunda gratitud de los miramientos, del respeto y del cariño con que allí fue tratado. Nobles y levantadas sus ideas, no fue Ramírez del número de aquellos que después de recibir las atenciones de una sociedad, se empeñan en ridiculizarla y en rebuscar sus defectos."

Alzado el destierro por las autoridades del llamado Imperio, Ramírez, como todos sus compañeros de proscripción en Yucatán, volvió a México y permaneció retraído y vigilado por la policía, hasta el triunfo de la República, en julio de 1867.



Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

En septiembre de ese mismo año fundé yo un diario político independiente, intitulado *El Correo de México*, en el que me acompañaron como redactores, Ramírez, Guillermo Prieto, Antonio García Pérez, Alfredo Chavero, José T. de Cuellar y Manuel Peredo. Este diario tenía por objeto combatir la política iniciada por el Gobierno, de la cual fue un anuncio la Convocatoria para elecciones de los Poderes constitucionales, que fue impopular y desaprobada por la Nación entera. Debe recordarse que desde noviembre de 1865, el Gobierno del Sr. Juárez no era constitucional, y sólo subsistía por la aquiescencia de los jefes militares que había sido justificada por la victoria, continuando así por el consentimiento tácito de la República.

Los partidos, pues, estaban en su derecho para luchar en las próximas elecciones, y aunque es verdad que la gran mayoría de electores postulaba al Sr. Juárez, como el representante de la resistencia nacional, un grupo considerable de liberales y de patriotas formó entonces el partido porfirista, que por primera vez sostuvo la candidatura del General Porfirio Díaz. De este partido fueron desde luego órganos *El Correo de México*, *El Globo*, redactado por el Sr. Zamacona, y otros periódicos.

En *El Correo de México* escribió Ramírez todos los días, y de ese tiempo son los importantes y bellos artículos en que inició casi todas las mejoras materiales que se han realizado después, y que constituyen, con justicia, el orgullo de las administraciones actuales.

A pesar de la viva oposición que el Gobierno del Sr. Juárez hizo a la elección de Ramírez, como Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, pues su nombre no figuró en la lista oficial y se le opuso otro candidato, el Congreso, que según la ley, tenía que decidir, por no haber reunido los dos candidatos el número de votos requerido, votó por diputaciones y decidió en favor de Ramírez, resistiendo a la influencia oficial que se empeñó con toda su fuerza en contra del ilustre patriota. Este, en mi concepto, fue un grave error del Sr. Juárez, pues era injusta a todas luces semejante malevolencia para un hombre que se presentaba ante el pueblo, teniendo en su favor una vida inmaculada y un caudal de eminentes servicios y de terribles sufrimientos por la Patria.

Ignacio Manuel Altamirano

La opinión pública se puso del lado de Ramírez, tanto más cuanto que no vio en esa malevolencia más que motivos personales, y el Congreso, haciéndose eco de la Nación, colocó al perseguido en la Suprema Corte.

"Doce años, dice el Sr. Sosa, formó parte Ramírez (1868-1879) del primer Tribunal de la Nación, ilustrando con su palabra elocuente, con su profunda ciencia, las más arduas cuestiones sometidas a la Corte de Justicia, con integridad e independencia incomparables."

De esto puedo yo también ser testigo, puesto que tuve el honor de sentarme a su lado, en la Suprema Corte, de la que fui miembro, durante los once años transcurridos de 1868 a 1879, en que acaeció su muerte.

Su palabra luminosa contribuyó en gran parte a fundar la Jurisprudencia constitucional, nueva en nuestro país, pues no había habido ocasión de ponerla en práctica, desde 1857, ni eran conocidos tampoco los caminos que debían seguirse, no pudiendo aplicarse siempre las antiguas leyes como supletorias, por ser contrarias a los nuevos principios.



F. M. Altamirano

Allí en la Corte, Ramírez tomó parte día a día en tan arduos asuntos, con Lerdo, Cardoso, Iglesias, León Guzmán, Montes, Lozano y Vallarta.

Recuerdo a este propósito, que un día, discutiendo con este último ilustradísimo Presidente de la Corte, sobre un negocio de los más difíciles, y en el que diferían en ideas, Ramírez tomó la palabra, y su discurso fue tan profundo, tan razonado, tan convincente, que Vallarta, a cuyo lado estaba yo, con singular sinceridad me dijo admirado:

—Es lástima que este hombre no quiera escribir sobre Derecho constitucional; ¡sería el Kent de México!

IX

En el conflicto de 1876, a consecuencia de la reelección del Sr. Lerdo, Ramírez juzgó en su conciencia que no debía dar por válidas las elecciones de los Magistrados que iban a integrar el Primer Tribunal de la Nación, y en consecuencia votó en el mismo sentido que Iglesias, Montes, Alas, García Ramírez y Simón Guzmán.

Inmediatamente fue preso en compañía de los tres últimos, y encerrado en uno de los calabozos de la Diputación.

Muy poco tiempo permaneció allí, pues la revolución triunfante de Tuxtepec vino a abrirle las puertas de esta prisión, que fue para él la última, y el Sr. General Díaz, caudillo de aquella, al tomar posesión de la Presidencia de la República, lo llamó desde luego a su gabinete, nombrándolo Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Así pues, era la suerte de Ramírez pasar de las prisiones al poder, lo cual constituía sus triunfos, como revolucionario, desde su juventud.

En este período de su ministerio, que fue corto, todavía tuvo tiempo de dictar importantes medidas, como la abolición del internado en las Escuelas nacionales, la creación de pensiones para alumnos pobres, y otras en el Departamento de Justicia.

Cuando se reorganizó la Suprema Corte de Justicia dejó la Secretaría de Estado que desempeñaba, e ingresó a aquel Tribunal, del cual era uno de los miembros que había conservado por un decreto el gobierno de Tuxtepec.

Allí se consagró de nuevo a sus tareas judiciales; pero Ramírez entonces, y desde antes del triunfo de la revolución de Tuxtepec, estaba ya herido de muerte. La pérdida de su santa y digna esposa, a quien

Ignacio Manuel Altamirano

amaba con inmensa ternura, y que acaeció en 1874, lo había postrado completamente y arrebatádole todo su aliento, todas sus esperanzas, toda su felicidad, todo su apoyo en la tierra. La vida se oscureció para él.

Heme aquí, sordo, ciego, abandonado
En la fragosa senda de la vida:
Apagóse el acento regalado

Que a los puros placeres me convida;
Apagóse mi sol; tiembla mi mano
En la mano del aire sostenida.

Dice en un fragmento inédito que escribió seguramente bajo la impresión de aquella desgracia, única que pudo hacer derramar lágrimas a aquel hombre de bronce, que había sufrido con valor estoico persecuciones, miserias, prisiones en que había estado encadenado, y aun las amenazas de la muerte.

Yo he probado mil veces la amargura.
Jamás como hoy, mezclada con mi llanto.

Dice en otra composición inédita intitulada "A Sol". Así llamaba familiarmente a su esposa.

En vano procuraba ocultar con aparente serenidad el pesar inmenso que lo estaba minando rápidamente. En vano frecuentaba las reuniones del Liceo Hidalgo y de las Academias científicas, y tomaba parte con ardor en todas las discusiones para aturdirse. Todos los que conocían a fondo su carácter, veían bien claro a través de aquella fisonomía impasible, y adivinaban tras de aquella sonrisa irónica, que el atleta ocultaba con pena su agonía. Esta vez, la suerte le había clavado un dardo en el corazón.

El vigor de su constitución sana y las luchas de la política, pudieron conservarlo todavía algunos años, pero al fin sucumbió más de dolor que de enfermedad física. Un día, en 1879, pidió una breve licencia a la Suprema Corte, se paseó por última vez una mañana en el jardín de la

Biografía de Ignacio Ramírez "El Nigromante"

Plaza mayor, y llegó a su casa y se tendió en el lecho sin quejarse de nada, pero visiblemente moribundo. Duró así tres días, y el 15 de julio en la mañana supe yo que se hallaba grave. Corré a su casa, y lo encontré tendido en su cama agonizando y sin dar más señales de agonía que un leve quejido que exhalaba por intervalos. Por lo demás parecía dormir;

sus facciones eran tranquilas, y apenas se notaba alteración en ellas. Apoyaba una mano extendida sobre su pecho, y cualquiera que sin estar prevenido, lo hubiese visto en aquellos momentos, habría creído que disfrutaba de un sueño agradable.

Sus cinco hijos, Ricardo, Román, José, Manuel y Juan, únicos que tuvo, se habían retirado a una pieza vecina. Con el moribundo no estábamos más que el General Juan Ramírez, hermano suyo, y yo, que contemplábamos commovidos y silenciosos aquella agonía semejante a la de un filósofo de los antiguos tiempos.

La muerte sobrevino sin convulsión ni señal alguna que la indicase. Tuvimos necesidad de acercarnos y de cerciorarnos de diversos modos de que la vida se había extinguido, para dar aviso a la familia.

Luego escribí allí mismo al Sr. Vallarta, Presidente de la Corte, anunciándole el suceso. En la casa de aquel Ministro de la Reforma, de aquel representante del pueblo, de aquel gran ciudadano, reinaba una pobreza extrema, tal, que no había ni con que hacer los gastos más



Ignacio Manuel Altamirano

urgentes. El Erario federal se hallaba exhausto, y hacía varios meses que no se pagaba sueldo a los Magistrados. Las pocas cosas de valor que poseía la familia se habían sacrificado, y no quedaba nada.

El Sr. Vallarta, luego que recibió mi carta, se fue a comunicar al señor Presidente de la República aquella desgracia, y a decirle cuál era la situación en que se hallaba la familia. El Sr. General Díaz, justo apreciador de las virtudes de Ramírez, en el acto ordenó que se ministrasen a la familia quinientos pesos por cuenta de sueldos atrasados, y dispuso que los funerales se costearan por el Estado.

La sociedad entera se conmovió al saber aquella funesta noticia. Amigos y enemigos estaban acordes en reconocer el mérito del ilustre difunto, cuyas virtudes privadas eran indiscutibles y cuyas ideas políticas eran sinceras. No faltó, sin embargo, la expresión mezquina de algunos rencores políticos, tan viles como insignificantes; pero la opinión pública la vio con el desprecio que merecía.

La Corte de Justicia, las Cámaras de Diputados y de Senadores y el Poder Ejecutivo, nombraron comisionados para arreglar los funerales, y las Sociedades científicas y literarias, a las que pertenecía Ramírez, las de obreros, las Escuelas nacionales todas, decidieron asistir en masa a ellos.

El cadáver fue embalsamado, y expuesto por dos días en el salón de la Cámara de Diputados, colgada de negro, haciendo la guardia de honor los estudiantes y los masones de diversos ritos. México entero fue a contemplar el cadáver del insigne reformador, y el día 18 de junio, en la mañana, se verificó una solemnisima ceremonia, cuya descripción tomo



Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

de *La Libertad*, periódico que publicó en su número del 19, los discursos y poesías que se pronunciaron allí.

Dice así:

LOS FUNERALES DEL SR. RAMÍREZ. A las ocho de la mañana, como se había anunciado, empezó a llegar la concurrencia a la Cámara de Diputados, en donde desde el lunes se hallaba expuesto el cadáver del ilustre difunto. El Presidente de la República concurrió puntualmente, acompañado de todo el Gabinete, presidiendo el acto, en unión del Sr. Vallarta, Jefe de la Suprema Corte de Justicia. Allí vimos a los demás Magistrados del Primer Tribunal de la República, a los Oficiales mayores de los Ministerios, a los Jueces del Distrito y a otros altos funcionarios públicos. El salón estaba elegantemente vestido de negro, con el sello de la severidad propia del acto que allí se iba a verificar. En el centro, sobre una plataforma cubierta con negros paños, estaba tendido el ataúd, alumbrado por cuatro candeleros, dentro de los cuales aparecía una luz amarillenta que aumentaba el sello lúgubre del conjunto. Según pudimos comprender, alternaban en la guardia del cadáver, los estudiantes de las Escuelas facultativas y los masones. El pueblo había invadido la parte alta de las galerías: la baja la ocupaba el Cuerpo diplomático, personas de todas las demás clases de la Sociedad y algunas señoras. El salón se había reservado a las Sociedades científicas y literarias, a los empleados, a los individuos de ambas Cámaras, a las asociaciones caritativas y a la prensa. La concurrencia era extremada, como nunca la habíamos visto en un caso semejante.

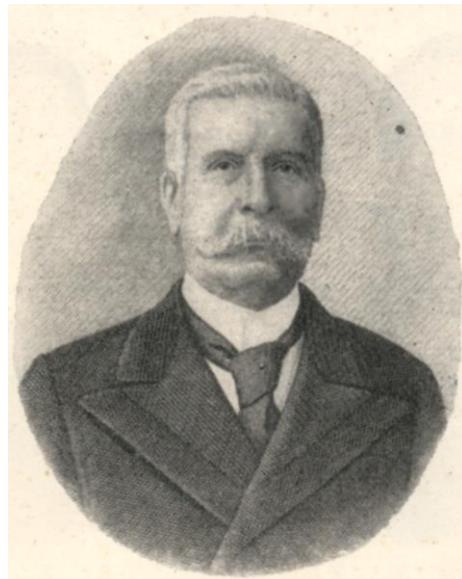
Concluida la ceremonia, que duró largo tiempo, a causa de los numerosos discursos y poesías que se pronunciaron en la tribuna, se condujo el cadáver al cementerio del Tepeyac, disputándose en el trayecto de la Estación del Ferrocarril al cerro, el honor de cargar el ataúd centenares de estudiantes y de obreros. Todavía allí se pronunciaron nuevos discursos, y siempre con asistencia del Presidente

Ignacio Manuel Altamirano

de la República y de los altos funcionarios del Estado, se dio sepultura al cadáver.

Realmente estos funerales han sido los más solemnes que ha presenciado México, sin exceptuar los que se hicieron al Presidente Juárez, pues hubo la circunstancia de que en los de Ramírez no influía la alta posición política del difunto, ni entró, sino en parte, el elemento oficial.

La manifestación hecha con motivo de la muerte de Ramírez, fue eminentemente popular, y en ella se distinguió con especialidad la juventud estudiosa; homenaje digno del excelso reformador de la enseñanza.



X

No ha sido mi ánimo considerar a Ramírez aquí, en su múltiple aspecto científico y literario, sino el de hacer su biografía exclusivamente, presentándolo con su carácter prominente, que es el de hombre político.

Ramírez fue un combatiente para quien la poesía, la oratoria, la ciencia en sus diversos ramos, no fueron más que armas de que hacía uso cuando era necesario, para disputar y obtener la victoria. Cultivándolas se colocó en primera línea, como poeta, como orador, como sabio, pero no quiso hacer de ellas un objeto especial.

Sin embargo, hay que convenir, a no ser que se adolezca de una pasión insensata de odio o de una ignorancia supina, en que Ramírez, en nuestra historia científica y literaria, ocupa un lugar culminante. Tiempo vendrá en que se examinen sus obras, a la luz de una crítica imparcial e ilustrada y por jueces competentes. Hasta ahora sus enemigos del partido clerical han pretendido negarle superioridad. Están en su derecho, lo que no quita que nos hagan el efecto de un atleta que postrado en tierra por su enemigo, y sintiendo la rodilla de éste en el pecho, se desgañita gritando que su vencedor no vale nada.

Ramírez ha sido un vencedor; sus ideas han formado época en el mundo político y en el mundo de las letras, y esto basta. Nieguénle, si quieren el despecho, la envidia, o la ignorancia, todo mérito. Los hechos están ahí para contestar a esta denegación, y estos hechos se llaman la victoria.

Por lo demás, sus obras salen hoy a luz para ser juzgadas. Antes, impresas en hojas pasajeras, se leían aprisa, y apenas podían estudiarse. Tanto era así, que muchos, poco instruidos en los sucesos de México y

Ignacio Manuel Altamirano

en su progreso literario, han preguntado con tanto desdén como necedad: *¿Dónde están las obras de Ramírez? ¿Las obras de Ramírez?*

Las obras de Ramírez apenas cabrían en veinte volúmenes, y tratan de muchas materias. Ramírez fue un polígrafo, y en la extensión y variedad de sus conocimientos, nadie puede igualársele en México.

En Historia no perteneció a la raza fastidiosa de los compiladores, como la llama el gran escritor inglés Lewis, sino a la raza de los críticos y de los originales. Ahí están sus discursos sobre las razas primitivas de México, su estudio sobre la tradición tolteca de Quetzalcóatl, su discurso del 16 de septiembre de 1861, que contiene la sinopsis más exacta de la vida colonial, su artículo "Desespañolización", en su polémica con Castelar, en que este ilustre orador e historiador se confesó convencido y vencido.

En Economía política, ahí está su serie de artículos en que pueden registrarse las grandes iniciativas para nuestra regeneración económica, juntamente con las más brillantes doctrinas de la ciencia moderna.

En Fisiología, ahí está su *Ensayo sobre las Sensaciones*, escrito en 1848, y los fisiólogos dirán si la ciencia contemporánea no ha confirmado las teorías que el sabio mexicano estableció y explicó hace cuarenta años.

En Filología, ahí están sus *Lecciones* que debían ser la introducción de un curso de Literatura, y que se han agotado, habiendo llamado la atención de los lingüistas y filólogos europeos y americanos.

En Geología y Paleontología, sus estudios sobre la Baja California, y otras comarcas, en sus Cartas a Fidel, responden de su profundidad de observación.

En Química, sus discursos sobre la lluvia de azogue indican su conocimiento de esta ciencia.

En Botánica, séame permitido referir un hecho poco conocido, y que muestra cuál era su aptitud para estos estudios. Fue comisionado por el sabio D. Leopoldo Río de la Loza, en unión de los eminentes naturalistas D. Alfonso Herrera y D. Gumesindo Mendoza, para

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

presentar a la Sociedad de Geografía y Estadística un dictamen sobre nuestros bosques.

Él fue quien escribió el dictamen, y lo llevó a firmar a sus dos compañeros de comisión. D. Alfonso Herrera rehusó firmarlo.

— ¿Por qué? le preguntó Ramírez, ¿no está Ud. de acuerdo con el dictamen?

— No solamente de acuerdo, respondió Herrera, sino complacido de la ciencia que encierra y de la belleza del estilo; pero tengo un gran escrúpulo. De los tres comisionados, Mendoza y yo somos conocidos por nuestros estudios sobre la materia; vd. no lo es tanto. Se ignora generalmente que posee vd. tan profundos conocimientos en Botánica. Ahora bien: al ver el dictamen firmado por los tres, va a creerse que no ha sido escrito por vd. sino por Mendoza o por mí, y yo no quiero que se me atribuya un mérito que no me pertenece. Deseo que todos sepan que vd. es el autor de tan magnífico estudio, y que sea vd. apreciado debidamente.

Mendoza, discípulo de Ramírez, obligado por el respeto, y que no reparó en la observación que había hecho su colega, firmó el dictamen que se presentó, al fin, con dos firmas.

El Sr. D. Alfonso Herrera, tan sabio como sincero y modesto, me ha referido este incidente, hace pocos días, haciéndome un elogio completo de Ramírez, como naturalista.

Tratándose de sus conocimientos en Física y Meteorología, es oportuno referir otro caso. Presidia Ramírez la Sociedad de Geografía y Estadística, en una sesión en que se presentaba por primera vez el eminente ingeniero D. Santiago Méndez. Conforme al reglamento debía éste pronunciar un discurso sobre un tema científico, y leyó uno muy notable por la novedad del asunto. Trataba en él de Meteorología marítima y de observaciones hechas en el Golfo de México.

Ramírez respondió ampliando la materia y agregando nuevas observaciones. Méndez pidió la palabra para manifestar su admiración al presidente, porque, dijo, el discurso que había preparado contenía

Ignacio Manuel Altamirano

novedades que suponía completamente desconocidas, pues se fundaban en observaciones hechas por marinos ingleses y publicadas en aquellos días, y que sabiendo que el Sr. Ramírez replicaba siempre a los discursos de recepción, había querido adrede, llevar uno que fuese difícil; pero que estaba convencido de que el Presidente se hallaba al corriente de los adelantos científicos o los adivinaba por intuición. El Sr. Martínez de la Torre, allí presente, dijo también que él había aconsejado al Sr. Méndez que llevase un discurso conteniendo alguna novedad científica, para tener el gusto de escuchar al Sr. Ramírez, y que veía con asombro que salía victorioso de la prueba.

Refiero estos hechos, porque se trata de jueces competentes e imparciales para hablar de la ciencia de Ramírez, y no de amigos apasionados, ni de enemigos pretensiosos e ignorantes.

En Pedagogía, oigamos de nuevo al Sr. Sosa: "Hay, dice, entre los escritos de Ramírez uno que por sí solo bastaría a formar la reputación esclarecida de un hombre: nos referimos a su *Proyecto de enseñanza primaria*, formado en 1873 para obsequiar los deseos del entonces regidor D. Luis Malanco. Abraza el proyecto un reglamento conciso, y dos libros, el primero *Rudimental* y el segundo *Progresivo*. La enciclopédica sabiduría de Ramírez y su profundo conocimiento de los métodos pedagógicos, se revelan en esos libros que son un verdadero tesoro que no supo aprovechar el Ayuntamiento de México, siguiendo su tradicional costumbre de ir de desacierto en desacierto. Yacía en el olvido el *Proyecto de enseñanza primaria*, hasta que el Sr. General D. Carlos Pacheco, actual gobernador del Estado de Chihuahua, hubo de conocerlo, y comprendiendo en toda su extensión el raro mérito de la obra, resolvió imprimirla y adoptarla para las escuelas del Estado. La niñez de Chihuahua será, pues, la primera que le deba los beneficios de una instrucción verdaderamente metódica, y tal cual la exige el siglo en que vivimos, merced al celo ilimitado de su gobernante.

En Bella Literatura, allí están su tomo de poesías, sus discursos y sus artículos críticos, y francamente dígasenos: ¿Se han escrito en México más bellos tercetos que los tuyos? ¿Hay algún discurso que pueda igualarse al del 16 de septiembre de 1861?

Biografía de Ignacio Ramírez "El Nigromante"

Sus enemigos políticos pueden censurarlos porque contengan ideas contrarias a las suyas. Pero juzgándolos desde el punto de vista del arte, como se juzga el poema de Lucrécio, como se juzgarían los poemas de Shelley o los discursos de Mirabeau, ¿no son acaso monumentos literarios de México?

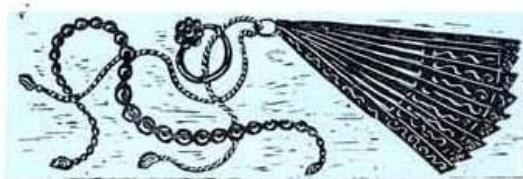
¿Y sus improvisaciones en las sociedades literarias o científicas? Nada puedo decir de mejor, que lo que dice el Sr. Sosa, hablando de ellas.

Muy de cerca nos fue dado conocer a Ramírez, pues tuvimos la fortuna de sentarnos a su lado, como miembros unas veces y como secretarios otras, de las sociedades científicas y literarias que él presidió con frecuencia, como la de Geografía y Estadística y el Liceo Hidalgo. Oímos su voz fascinadora, cuando inspirado por su ardentísimo amor a las letras, arrebataba al auditorio y le tenía suspenso de sus labios. En aquellos momentos parecía que su rostro se transfiguraba y su acento llegaba al oído como música deliciosa. Noches de imborrable

Al Amor

Ignacio Ramírez.

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado,
de mí te burlas? Llévate esa hermosa
doncella tan ardiente y tan graciosa
que por mí oscuro asilo has asomado.



En tiempo más feliz, yo supe, osado,
extender mi palabra artificiosa
como una red, y en ella, temblorosa,
más de una de tus aves he cazado.

Hoy, de mí, mis rivales hacen juego,
cobardes, atacándome en gavilla;
y, libre yo, mi presa al aire entrego.

¡Al inerme león el asno humilla!
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
tú mismo a mis rivales acaudilla.

Ignacio Manuel Altamirano

recuerdo serán para nosotros aquellas en que en la modesta y débilmente alumbrada sala de sesiones del Liceo Hidalgo, Ramírez esgrimía todo género de armas, contendiendo en materias de alta literatura con Pimentel, con Riva Palacio, con Prieto, y con cuantos se aprestaban a aquellas lides del talento y de la sabiduría.



Noches también inolvidables, las que a su lado pasamos en las sesiones semanarias de la Sociedad de Geografía y Estadística, cuando con lucidez asombrosa, con erudición extraordinaria, con novedad inaudita, abordaba los más oscuros y difíciles problemas de las ciencias, y se revelaba antropologista y filólogo, historiador y filósofo.

La facilidad de comprensión era en Ramírez tan extrema, que apenas comenzaba alguno a exponer sus teorías, él, como que adivinaba los fundamentos en que habían de basarse, y en tropel acudían a su cerebro las ideas propias para apoyarlas o rebatirlas. ¡Lástima grande que muchas veces en el calor de una discusión de todo punto seria, Ramírez mezclase alguna frase satírica, incisiva, que venía a desconcertar, no sólo a su contrincante, sino a su auditorio mismo! No necesitaba, en verdad, de aquel recurso para salir vencedor en la contienda; que de sobradas armas dispone quien tiene inteligencia clarísima y ha hecho inagotable acopio de ciencia en constantes y profundos estudios.

Pero era tal el poder de su palabra, que aun cuando a nadie pudiera ocultársele que sostenía paradojas en muchas ocasiones; que a pesar de las huellas que dejaban los dardos

Biografía de Ignacio Ramírez “El Nigromante”

de su sátira, Ramírez era querido, era admirado por todos los que le escuchaban.

Fáltame sólo hablar de las virtudes privadas de Ramírez, y seré muy breve. En este punto hasta sus enemigos más acerbos le hacen plena justicia. Fue un hombre de bien en toda la extensión de la palabra. Podía decirse de él, lo que Tito Livio decía del viejo Catón. *Su honradez no fue atacada nunca; desdeñaba el favor y las riquezas; frugal, infatigable, sereno en el peligro, habríase dicho que su cuerpo y su alma eran de hierro.*

Al contemplar a este hombre siempre bueno, tantas veces perseguido por las potestades a quienes combatía; siempre atado como Prometeo a la roca de la miseria, en la cual las únicas Oceánidas que lo consolaban eran el pueblo, la juventud y su propia conciencia; al verlo bajar del poder siempre pobre, al conocerlo siempre generoso, al penetrar en su hogar que era el santuario de todas las virtudes domésticas, no podía uno menos de repetir las palabras de Renán: *¡Cuántos santos existen bajo las apariencias de la irreligión!*

Ramírez ha legado a sus hijos un nombre purísimo, y éstos son dignos por su conducta, de tal padre.



Méjico ha acabado por rendir al grande hombre el homenaje más brillante de admiración. Por una nobilísima iniciativa del ilustrado escritor D. Francisco Sosa, el Supremo Gobierno de la Unión dispuso elevar en nuestra calzada de la Reforma, estatuas a los hombres más ilustres de la República, debiendo designar el Distrito Federal y los Estados a aquellos que, en su concepto, mereciesen tal honor.

El Gobierno del Distrito, designó por su parte, a Ignacio Ramírez y a Leandro Valle, y el día 5 del mes actual, se han inaugurado estos monumentos, en presencia del Presidente de la República, de las autoridades todas del Distrito y de una concurrencia inmensa.

Ignacio Manuel Altamirano

Así pues, México ha consagrado ya ante la posteridad, de un modo duradero, la gloria del eminentе pensador, del inmaculado liberal, del gran apóstol de la Reforma.

Ignacio M. Altamirano

Febrero de 1889



Fotografía de la estatua de Ignacio Ramírez en el edificio central de la Universidad Autónoma del Estado de México.